

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el círculo vicioso

clark carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

EL CÍRCULO VICIOSO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.192

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 17.046 - 1973
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1973

© CLARK CARRADOS -1973
Texto

© DESILO -1973
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la altura, a unos trescientos metros sobre el nivel del Neuchatel, podían verse las luces de las poblaciones situadas en sus orillas, aunque a la chica que se paseaba por el jardín no parecía impresionarle demasiado el espectáculo.

Era una mujer joven, fuerte, de cortos cabellos oscuros, vestida con una cazadora de piel que encerraba con dificultad su pecho sano y robusto, *shorts* de la misma piel negra y botas también de idéntico material. Pendiente del cuello llevaba una ametralladora de paracaidista. En el cinturón tenía seis cargadores de repuesto.

El jardín estaba formado por una serie de terrazas escalonadas, en cuya parte más elevada se encontraba una lujosa villa, sumida en el silencio en aquellos instantes, a pesar de que se veían algunas luces encendidas. Ello permitía contemplar el esplendente panorama del lago, pese a la alta tapia que circundaba la propiedad.

La tapia tenía la reciedumbre de una muralla medieval y estaba protegida por altos pinchos de hierro. La única entrada era una puerta, también de metal que sólo se podía abrir eléctricamente desde la casa. Para forzarla, se habrían necesitado los disparos de 120 mm de un «Leopard».

Las luces de los pueblos se habían ido apagando. Apenas si quedaban algunas encendidas en las encrucijadas o en los paradores y postes de gasolina situados en los bordes de la ruta secundaria número 5.

La villa estaba situada a unos cuatrocientos metros sobre el lago y a unos cuatro kilómetros al sudoeste del pueblo más cercano, St. Aubin. Para llegar allí, era preferible utilizar un camino que permitía el acceso a otras tantas villas y chalets situados en la misma ladera, pero en planos más inferiores y con la separación

suficiente para que un tipo indiscreto no pudiera meter la nariz en los asuntos de sus vecinos.

La centinela bostezó. Habían dado las dos de la madrugada hacía rato. Todavía le quedaba una hora de vigilancia. Después, otra joven, equipada de un modo idéntico, ocuparía su puesto.

Al otro lado de la tapia, actuando en completo silencio, un reducido grupo de hombres actuaban en un extraño artefacto. Lo habían llevado a rastras hasta allí y, sustancialmente, consistía en una especie de vagoneta, con ruedas semejantes a las de los automóviles.

En la plataforma de la vagoneta había un ascensor telescópico, movido, dadas las circunstancias, por un cabrestante con engranajes multiplicadores. Cuatro hombres movían el cabrestante, mientras un quinto, situado en lo que parecía la antigua cofa del vigía de un velero, ganaba altura lentamente.

El hombre que subía en el ascensor iba vestido enteramente de negro, como sus acompañantes. Incluso llevaba puesto un capuchón de tela también negro, con sólo dos orificios para los ojos.

En la mano llevaba una especie de escopeta de cañón muy corto. La cabeza y los hombros del individuo rebasaron el nivel de los pinchos de la tapia.

Entonces hizo un signo con la mano izquierda y los otros dejaron de mover el cabrestante. La centinela continuaba paseándose por el jardín, bostezando de vez en cuando.

El hombre que estaba en lo alto del ascensor, se llevó lerdamente la escopeta a la cara. El arma estaba provista de visor de infrarrojos, lo que le permitía captar las imágenes sin dificultades, en la oscuridad.

La chica giró de pronto. Su pecho quedó encuadrado en la mirilla del visor. El hombre apretó el gatillo de su escopeta.

Sólo se oyó un tenue siseo, seguido de un leve sonido, producido por el proyectil al hundirse en el cuerpo femenino. La chica dejó escapar un leve gemido de dolor al mismo tiempo que, con ambas manos, trataba de agarrar la varilla de metal que asomaba diez o doce centímetros por encima de sus senos.

Las fuerzas le fallaron súbitamente y cayó al suelo. El autor del disparo hizo un gesto con la mano.

Los otros cuatro acercaron la vagoneta a la tapia. El hombre que

estaba en lo alto descolgó de su cinturón cuatro pastillas, que colocó sucesivamente en la base de otros tantos pinchos de hierro.

—Abajo —ordenó a continuación.

La cesta descendió rápidamente. Los cinco atacantes se separaron a la carrera de la tapia, volviéndose de espaldas a la misma, a unos diez metros de distancia.

Cuatro vivísimos fogonazos se encendieron de pronto, sin el menor ruido. Al cabo de unos segundos, las luces se apagaron.

—Listo, vamos —dijo el que había disparado la escopeta-ballesta, que era quien dirigía la operación.

Los cinco hombres corrieron hacia la tapia. Ahora usaban una escala de cuerda. Las bombas de termita habían fundido los hierros de los pinchos, por lo que el paso al otro lado de la tapia resultó ahora sencillo y sin la menor dificultad.

A pesar de todo, los cinco hombres iban armados con sendas metralletas que, para mayor seguridad, habían sido provistas de silenciador. Sin ninguna vacilación, se dirigieron hacia la mansión, ignorantes de que la centinela, aunque agonizante, alentaba todavía.

La muchacha sufría horribles dolores en el pecho. Con los últimos restos de su consciencia, apretó un botón situado en la hebilla de su cinturón.

Dentro de la casa, había una gran habitación, en la que, en cómodas literas, dormían siete mujeres jóvenes y fuertes. Un sonido se oyó de pronto con suaves tañidos, suficientemente fuertes, sin embargo, para sacarlas del sueño en que estaban sumidas.

—¡Arriba! —gritó la jefe—. ¡Atacan!

Las siete chicas abandonaron las literas en el acto. Ninguna de ellas se molestó en vestirse. Empezaron a actuar, cubiertos los cuerpos únicamente por un pijama de una sola pieza, de color oscuro. En una habitación contigua tenían sus metralletas y las fueron cogiendo a medida que salían.

Alguien más oyó también los tañidos del gong de alarma. Era Wilhelm Grundig, el propietario de la casa. Inmediatamente, comprendió lo que sucedía y tiró las sábanas a un lado.

Grundig había estado temiendo un ataque semejante desde hacía muchísimo tiempo y se había preparado a conciencia para evitar sus consecuencias. Agarró una bata y se acercó a la pared situada a la

derecha de la cabecera de la cama.

Había allí un cómodo sillón, en el que se sentó con pausados movimientos. Presionó un interruptor situado en el brazo derecho y el sillón y un trozo entero de pared giraron silenciosamente. Al terminar el giro, otro sector de la pared y un sillón idéntico a los anteriores aparecieron en el dormitorio.

Ahora, Grundig no tenía miedo a los asaltantes. Detrás del sillón en que estaba sentado, tenía una plancha de acero de veinticinco milímetros de espesor. Allí estaba tan seguro como si se encontrase dentro de la bóveda acorazada del mejor Banco suizo.

Mientras, las siete chicas se precipitaban hacia la gran sala de la casa, con movimientos rápidos y precisos, que denotaban un constante entrenamiento. Alcanzaron la sala y entonces fue cuando cinco metralletas vomitaron sendos chorros de fuego y plomo, sin apenas ruido.

Se oyeron unos agudos chillidos. Las balas rasgaban la carne y rompían los huesos. Un rostro femenino se convirtió de repente en un horrible amasijo de sangre cuando una ráfaga le dio de lleno. Toda la parte posterior del cráneo voló en una repugnante lluvia roja, al estallar como si fuese una sandía madura.

Otra ráfaga destrozó un cuello femenino, del que brotaron ríos rojos en el acto. Una chica se dobló, agarrándose el vientre con ambas manos. La siguiente ráfaga le pulverizó el cráneo.

Las demás muchachas cayeron en unos instantes, abatidas antes de haber tenido tiempo de usar sus armas. Algunas se agitaban débilmente todavía, pero unas breves descargas acabaron con sus últimos movimientos.

El pavimento del salón era un lago de sangre. Ajenos al macabro espectáculo, los cinco asaltantes se acercaron a su objetivo.

Estaban allí y brillaban con refulgentes destellos, sobre su lecho de terciopelo negro. El jefe agarró la caja de vidrio que contenía los diamantes y la separó de su pedestal de mármol rojizo.

—Vamos —dijo solamente.

Uno de ellos formuló una leve objeción:

—Grundig no se ha dejado ver.

El jefe soltó una risita.

—Mejor para él —contestó—. Y lo que nos importaba, a fin de cuentas, era esto.

Su mano enguantada palmeó la caja de gruesas paredes de cristal, en forma de paralelepípedo. Alcanzando el objetivo de los diamantes, el hecho de que su dueño siguiera viviendo no tenía ya ninguna importancia.

Minutos más tarde, abandonaban la villa por el mismo sitio que a la llegada.

La carretilla elevadora quedó allí abandonada. El grupo de cinco hombres corrió a paso gimnástico cosa de unos mil metros, hasta llegar a un automóvil negro, situado en un lugar discreto.

Subieron al coche. Uno de los enmascarados se ocupó de la conducción. Ya se habían quitado los capuchones, de modo que, al menos, vistos desde afuera y en aquellas circunstancias de luz, ofrecerían un aspecto relativamente normal. Algunos de ellos se recompensaron a sí mismos con unos cigarrillos. La tensión se había roto y charlaban y reían, satisfechos del éxito de su golpe, sin acordarse en absoluto de las ocho vidas humanas que acababan de segar.

Había un gran camión de mudanzas esperando en el empalme con la carretera número 5. El conductor del automóvil hizo un rápido guiño con las luces.

Dos hombres se apearon del camión. En la parte posterior apareció una rampa, por la que subió el coche, desapareciendo en el interior del vehículo pesado.

Antes de cerrar los portones, el conductor del camión hizo una pregunta:

—¿Cómo ha ido el asalto?

—A la perfección —contestó el jefe—. Todo ha salido como se planeó.

Otro de los atacantes soltó una risita:

—Grundig estará tirándose de los pelos, cuando vea que nos hemos llevado sus diamantes.

El conductor del camión rió también. Luego, ayudado por su compañero, cerró las compuertas posteriores.

El pesado vehículo arrancó a los pocos instantes. Casi en el acto, el conductor alargó la mano y bajó una palanquita que tenía junto al cuadro de mandos.

Luego cambió una mirada con su compañero. Los dos hombres sonrieron siniestramente.

Dentro del departamento de carga, apareció de repente una nube de gas. Había un par de lámparas en el techo y el humo era fácilmente visible.

Se oyeron unos chillidos de espanto. También sonaron maldiciones y juramentos. Pero, a los pocos minutos, cesó todo ruido dentro del departamento de carga.

Poco más tarde, el camión se detuvo en un punto cercano al lago. Provistos de sendas máscaras antigás, entraron en la caja.

El conductor se apoderó de los diamantes. Su compañero, de repente, sintió unos fuertes escrúpulos.

—Oye, tú, ¿y si luego él quiere hacer lo mismo con nosotros? —preguntó, aprensivo.

—No lo hará. Le gustan mucho los diamantes y, vivo, no podría disfrutar del botín —contestó su compañero con seguridad.

El camión había sido colocado con la zaga hacia el lago. La rampa ya estaba bajada.

Un mecanismo elevó ligeramente la caja del camión. El coche negro empezó a deslizarse lentamente, rodó por la rampa primero, y luego por la herbosa ribera, de pendiente mucho más acusada, hasta hundirse por completo en las negras aguas del Neuchatel.

A los pocos instantes, el camión había desaparecido de aquel lugar. La agitación de las aguas se calmó muy pronto y la superficie del lago recobró bien pronto su espejeante tranquilidad.

CAPÍTULO II

El pesado «Jumbo» dio una vuelta sobre el aeropuerto y luego enfiló la pista. Sujeto a su asiento por el cinturón de seguridad, Barry Caidin vio que las distantes montañas, hasta entonces por debajo de él, se elevaban raudamente, hasta cerrar el horizonte en una sinfonía de blancos y azules.

Las ruedas chillaron al tocar el cemento. El 747 rodó con decreciente velocidad, hasta detenerse frente a la aeroestación. Los altavoces anunciaron que los pasajeros podían quitarse ya los cinturones.

Junto a Caidin, una opulenta dama soltó una risa casi histérica.

—Menos mal, esta vez no ha habido secuestro —comentó.

Caidin recogió su equipaje de mano y se dirigió hacia la salida. Delante de él iba la muchacha en la que tanto se había fijado durante el viaje.

Era una chica alta y robusta, pero esbelta al mismo tiempo. Vestía chaquetón corto con cuello de piel, pantalones azules, muy ceñidos, y botas negras, de medio tacón. El pelo era rubio, pajizo, muy corto. Los ojos grises, profundos, penetrantes.

Se separaron en el pequeño tumulto de la llegada. Guardias, aduaneros, Sanidad... Al fin, Caidin pudo considerarse libre en suelo helvético.

El hombre que debía recibirle no había aparecido. Caidin aguardó unos minutos y, cansado, decidió ir a la cafetería.

Los altavoces de la aeroestación bramaban continuamente, llamando a los pasajeros de tal o cual vuelo o anunciando llegadas de todas las partes del globo. Caidin pidió un café y una copa de *brandy* y mezcló ambos líquidos. Luego saboreó la mezcla, mientras fumaba un cigarrillo.

La chica rubia estaba a pocos pasos, muy ocupada en una taza de café. Había un tipo fuerte, casi gordo, muy calvo, que hablaba

con ella.

La chica no le hacía el menor caso. El calvo se la comía con los ojos. Ella, imperturbable, seguía saboreando la infusión.

De pronto, Caidin vio que la chica enrojecía vivamente. Sus ojos despidieron destellos de cólera.

Habló por primera vez y dirigió al calvo una frase, en la cual dudaba de su masculinidad. El calvo se ofendió y dijo algo referente al precio de sus besos, tan barato, que hasta un vagabundo podría pagarlo.

La rubia se apeó del taburete. De pronto, disparó su puño derecho.

El calvo lanzó un chillido. Caidin se sintió tentado de intervenir en el primer momento, pero pronto pudo apreciar que la rubia era capaz de defenderse por sí sola.

La nariz del calvo sangraba profusamente. A pesar de todo, ciego de cólera, quiso levantar una mano para pegar a la chica. Ella contraatacó con una asombrosa demostración de su habilidad en el judo. De pronto, sin saber cómo, el calvo se encontró en el suelo, en medio de la alarma de algunos y las risas de la mayoría.

Ella recogió el bolso, que había dejado sobre el mostrador. El calvo intentaba levantarse en aquel momento. La rubia le arreó un rodillazo en la boca, como despedida. Luego, altiva y majestuosa, abandonó la cafetería, sin hacer caso de la pareja de guardias del aeropuerto que acudían al tumulto.

Caidin terminó su consumición. Luego consultó su reloj.

—Estamos en Suiza —masculló—. El país de la puntualidad, pero, al parecer, se trata solamente de una frase y no una realidad.

Hubieron de transcurrir todavía veinte minutos, antes de que un sujeto alto, estirado, de rostro huesudo y cuello duro, con pajarita negra, se le acercase para preguntarle si era Barry Caidin.

—Así me llamo, amigo —contestó el forastero.

—Le ruego me disculpe, señor. Soy Egmont, mayordomo y chófer del señor Grundig. Ya tenía que haber llegado aquí, pero un inoportuno pinchazo me hizo perder mucho tiempo mientras cambiaba la rueda. Hasta los «Rolls» sufren esa clase de averías, señor —agregó melancólicamente.

Caidin sonrió.

—La casa «Rolls» no fabrica neumáticos —dijo—. Vamos,

Egmont, estoy impaciente por hablar con el señor Grundig.

El automóvil franqueó el portón de acceso y subió por el camino serpenteante que llevaba a la mansión. Momentos después, se detenía ante la fachada principal.

Una mujer de unos cuarenta años, rolliza y de rostro bovino, corrió a recibir a los recién llegados.

—Marthe, ocúpese del equipaje del señor Caidin —ordenó Egmont.

—Sí, señor —contestó la mujer, a la vez que doblaba ligeramente las rodillas—. Bienvenido, señor Caidin.

—Gracias, Marthe.

—Por aquí, señor —indicó Egmont.

Entraron en la casa. Cruzaron un vestíbulo y llegaron a una gran sala, de suelo espejeante, en la que había una columna de sección cuadrada, de mármol rojo oscuro, sobre la que se veía una caja de cristal.

—Tenga la bondad de esperar unos momentos, señor —dijo Egmont—. Iré a avisar al señor Grundig de su llegada.

—Muy bien —contestó Caidin, mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

Al encenderlo, vio un chaquetón con cuello de piel sobre un sillón. La prenda le resultó conocida.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró, sorprendido de saber que la rubia del avión estaba en aquella casa.

Luego, atraído por la curiosidad, se acercó a la columna de mármol y contempló los catorce enormes diamantes que centelleaban sobre su lecho de terciopelo negro. Cada uno de los diamantes era de tamaño doble de la uña de su pulgar. Caidin sintió que la boca se le secaba de repente, al pensar en el incalculable precio de aquellas gemas.

De pronto, oyó voces a través de una puerta que se acababa de abrir. Volvió la cabeza y vio a la rubia, que apostrofaba a un individuo, invisible desde su posición.

—¡Cerdo! —gritó la chica—. Pero ¿qué se ha creído usted? ¿Es que piensa que, por un buen sueldo, puede tener todo?

—Escuche, señorita Jardim...

Se oyó una bofetada. Caidin contuvo una sonrisa.

La chica salió, taconeando vivamente, con el pecho opulento

agitado por la cólera que se había apoderado de ella. Agarró el chaquetón, se lo echó sobre el hombro izquierdo y, sin mirar siquiera a Caidin, se encaminó hacia la salida.

Egmont apareció en aquel momento, impasible, como si no hubiera sucedido nada:

—Por aquí, señor —indicó.

En la estancia contigua, junto al ventanal, que era prácticamente toda una pared de vidrio, había un hombre llenando dos copas de fino cristal tallado. A través del ventanal se captaba una impresionante vista del lago y sus alrededores.

El hombre era de mediana estatura y muy grueso, con doble papada. Apenas si tenía pelo en la cabeza, pero, en cambio, la barbita en punta con que adornaba su mentón, era de un áspero e hirsuto vello rojizo, con algunas hebras blancas.

—¿Caidin? —dijo el hombre.

—Sí, señor.

—Acérquese. Tomará una copa conmigo, mientras charlamos.

—Sí, señor.

Caidin dio dos pasos y cogió la copa. Los ojos de Grundig le escrutaron durante unos instantes. Tenían pupilas de hielo.

—¿Ha oído algo? —preguntó Grundig de pronto.

—No, señor. Ni he visto, ni he oído nada —contestó Caidin.

Grundig rió suavemente.

—¡Bravo! —dijo—. Eso me convence de que es usted el hombre que necesito. He hecho bien al traerle desde Nueva York.

Caidin probó el contenido de la copa. Era jerez, muy bueno. Grundig entendía de vinos, se dijo.

—No tan deprisa, señor —contestó—. Todavía no hemos hecho ningún trato.

—Lo haremos. Por veinte mil libras esterlinas, Barry.

—Serán cincuenta mil dólares, señor.

—Veinte mil...

—La libra ha bajado bastante últimamente. El cambio está a dos dólares y trescientas cuarenta y ocho milésimas. Por tanto, veinte mil libras, al cambio actual, representan cuarenta y seis mil novecientos sesenta dólares. No estoy dispuesto a perder cuatro mil cuarenta dólares en el trueque.

—Parece que es usted aficionado a las cuestiones de Bolsa,

Barry.

—Soy muy aficionado a engrosar el saldo de mi cuenta corriente, señor. Pero también doy resultados, a cambio del dinero que me pagan.

—Sea —rezongó Grundig—. Cincuenta mil dólares.

—Y gastos, claro.

—Oiga, ¿no quiere que contrate a Henry Kissinger para sus relaciones públicas?

—Se trata de un asunto de dos millones de libras esterlinas. Casi cinco millones de dólares. Cobrar la centésima parte, no es, en mi opinión, exagerado. De cada cien dólares, usted invertirá solamente uno en los gastos de recuperación de sus diamantes.

—De modo que ya está enterado de los motivos por los cuales le he hecho venir desde Nueva York.

—El asunto ha hecho mucho ruido. Sus ocho chicas asesinadas... Bueno, creo que se ha gastado más tinta que la sangre que ellas perdieron.

—Tiene usted razón —convino Grundig, con los labios muy prietos—. Fue una horrible matanza.

—Pero usted salvó la vida.

—Sí, es cierto. Y los que atacaron lo hicieron mediante un plan muy bien meditado. Primero eliminaron a la centinela... ¿No sabe cómo lo hicieron, Barry?

—Supongo que sin ruido. Un lazo corredizo o un cuchillo hábilmente lanzado.

—Se equivoca —dijo Grundig—. La mataron con esto.

Encima de la consola de los licores había una varilla de metal, con cuatro estrías longitudinales, de unos treinta centímetros de largo, terminada en una punta muy aguda. La parte más próxima a la punta, en una longitud de unos ocho centímetros, era algo más gruesa y de sección aparentemente cilíndrica.

Grundig agarró la varilla y golpeó la consola con la punta. Se oyó un seco chasquido y cuatro hojas triangulares, de bordes muy cortantes, se desplegaron en un siniestro remedo de las hojas de una palmera.

Caidin se estremeció al ver el infernal aparato. Grundig se lo puso en las manos.

—Fue disparado con una ballesta o tal vez con una pistola de

aire comprimido —dijo—. Las cuchillas se desplegaron dentro del cuerpo de la chica, causando horribles destrozos en su pulmón izquierdo, y en uno de los ventrículos de su corazón. Una herida de esa clase no deja el menor resquicio a la salvación.

—Y así, pudieron entrar en la casa...

—Sí. Además, fundieron cuatro de los pinchos de la tapia, empleando probablemente, bombas de termita. La centinela pudo dar la alarma, mediante el señalizador de radio. Las siete chicas restantes salieron corriendo, pero las destrozaron a tiros.

—¿Hubo ruido?

—No. Emplearon metralletas con silenciador.

—Bien planeado —murmuró Caidin—. Entonces, libre el paso, se llevaron los diamantes y desaparecieron.

—Así sucedió, Barry.

—Es curioso. ¿Por qué no intentaron atacarle a usted?

—Les interesaban los diamantes, no mi vida. De todas formas, no hubieran podido encontrarme, aunque no le diré el truco que empleé para salvarme.

—Está vivo y eso es lo que interesa —sonrió Caidin—. Pero no entiendo por qué me llama, si los diamantes están ahí afuera, casi a la vista de todo el que pase cerca de esta casa.

Grundig sonrió maliciosamente.

—Venga —dijo, a la vez que hacía un gesto con la mano—. En realidad, no me interesa que encuentre los diamantes, sino a la persona que planeó el asalto. Murieron mis ocho chicas, ¿entiende? Usted encontrará a la persona que ideó esto. Yo me encargaré luego de la venganza.

—Sí, porque no espere que yo me convierta en su ejecutor privado —contestó Caidin secamente.

Llegaron a la sala. Grundig puso la mano sobre la tapa superior de la caja de cristal.

—Los atacantes perdieron el tiempo —dijo—. Solamente se llevaron unas reproducciones de los diamantes.

CAPÍTULO III

Caidin miró interesadamente a su interlocutor.

—De modo que los diamantes auténticos...

—Están aquí —dijo Grundig, satisfecho.

—Entonces, usted sólo tenía las reproducciones.

—Justamente. Son dos millones de esterlinas en piedras preciosas, no lo olvide.

—Pero ellos se darán cuenta...

Grundig volvió a sonreír.

—Quizá lo hayan advertido ya —dijo—. De todas formas, ahora mismo esconderé estos diamantes donde no puedan encontrarlos jamás.

—Supongo que serán unas reproducciones muy exactas, señor.

—De una fidelidad absoluta, pese a que están hechas en un plástico especial, pero que imita perfectamente al diamante. Ahora bien, cuando quieran sacarlos, tendrán que levantar la tapa de la caja, en cuyo interior se ha hecho el vacío previamente. El contacto con la atmósfera, provocará una reacción química, que hará arder el plástico, con lo que los supuestos diamantes se convertirán en humo. Naturalmente, eso no puede suceder con los legítimos.

—¿Está usted seguro de que esos diamantes que están ahí son los auténticos, señor Grundig? —preguntó Caidin.

—Hombre, qué cosas tiene —rió el interpelado—. Yo mismo los puse aquí, cuando hubo pasado todo. Viene gente, de toda mi confianza, claro, y me gusta exhibirlos. Aunque después de lo que ha sucedido, tendré que guardarlos de nuevo, hasta que se hayan hecho otras reproducciones como las que se llevaron los asaltantes.

—Sospecho que es usted un tanto dado al exhibicionismo. ¿Me equivoco?

Grundig volvió a reír.

—Joven, a mi edad y cuando se ha alcanzado la posición que

tengo actualmente, nunca disgusta exhibir lo que uno ha conseguido, después de duros años de trabajo.

—Pero otros cualesquiera podrían llevarse...

—Imposible, la alarma funcionaría en el acto —objetó Grundig.

—¿Acaso no funcionó durante el asalto?

—¡Claro que sí! Pero ¿quién se encontraba entonces en condiciones de repeler a los ladrones?

—Ya entiendo. Así, pues, usted quiere que encuentre al autor del asalto, que no sirvió para otra cosa que para matar a ocho mujeres jóvenes y fuertes.

—En efecto. No quiero que la cosa se repita, señor Caidin. Usted encárguese de encontrar al autor y probarme de modo irrefutable que ha sido él. Yo me encargaré del resto.

Caidin se acarició la mandíbula.

—Presumo que hay más de un sospechoso —dijo—. Deme nombres, por favor.

—Muy bien. James Norton, Londres. Félix Havrane, Niza. Jules Coulaye, Río de Janeiro. Y, finalmente, Monika Rohe, Creta.

—Casi los cuatro puntos cardinales —comentó Caidin festivamente.

—Cierto. Tiene usted ante sí una labor ardua y, no se lo ocultaré, también peligrosa. Más que los diamantes en sí, que no es poco, el que ideó el plan, quería también eliminarme.

—¿Puedo saber por qué, señor Grundig?

—Digamos... motivos comerciales, amigo Caidin.

—Lo que significa que fueron socios en tiempos.

—Sí, lo fuimos.

—¿Cuándo se deshizo la sociedad?

—Oh, hará unos cuatro o cinco años. Acordamos separarnos y marchar cada uno por nuestro lado. Pero alguno de ellos parece que no quedó muy conforme con la solución.

—Diríase que fue usted el más beneficiado con la disolución de la sociedad y que uno de los otros cuatro está resentido contra usted.

Grundig emitió una risita maliciosa.

—A decir verdad... Bueno, me niego a contestar, por no incriminarme —dijo—. Pero le pago bien, recuérdelo.

—Sí, lo sé. ¿Tiene usted fotografías de los cuatro socios? Me

gustaría conocerlos en efígie. Algo podría obtener del estudio de sus rostros.

—Luego se las enseñaré. Ahora, si no le importa, voy a guardar los diamantes. Pero no quiero que se mueva de aquí. Usted me comprende, ¿no?

Caidin hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Encuentro lógico que no desee que nadie conozca el escondite de esas catorce gemas —respondió.

La mano derecha de Grundig resbaló a lo largo de la parte posterior de la columna de mármol. Caidin entendió que estaba desconectando la alarma.

Luego, Grundig levantó la caja de vidrio con ambas manos. Pero sus dedos cortos y gruesos eran torpes y la caja resbaló y cayó, estrellándose contra el suelo.

Hubo una pequeña explosión. Catorce trozos de materia brillante rodaron por el suelo y empezaron a humear casi de inmediato.

Grundig lanzó un aullido animal:

—¡Son los diamantes falsos! ¡Ellos se llevaron los auténticos!

Grundig estaba sentado en un sillón, la cabeza hundida en las manos y el aspecto de sentirse desesperado por encontrarse de repente con que catorce enormes brillantes, de un valor de dos millones de libras esterlinas, se habían convertido en humo. Caidin llenó una copa y se la entregó.

—Beba —dijo.

Grundig le miró con ojos turbios.

—Tiene que encontrar esos diamantes —pidió, casi sollozando—. Si es necesario, le pagaré el doble de lo convenido... pero, encuéntrelos.

—Le han engañado —habló Caidin fríamente—. Alguien estaba enterado del asalto y cambió los diamantes. ¿Quién pudo hacerlo?

—Egmont y Marthe son de mi absoluta confianza, pero, aun así, no sabían ni dónde los guardaba ni la forma de abrir el escondite, aunque lo hubieran sabido.

—¿No hay otros servidores en la casa?

—Sólo dos mujeres, pero hacen las tareas más simples y vienen únicamente unas horas por las mañanas.

—En ese caso, fue una de las chicas muertas.

Grundig se puso en pie de un salto.

—¡Eso no puede ser! —gritó—. Confiaba plenamente en ellas. Murieron por mí...

—Todas eran jóvenes y hermosas. Pero no las tenía usted solamente para custodiarle.

—Hombre, no es que yo sea un jovencito... pero, a veces... Sin embargo, nunca les exigí nada que no estuvieran dispuestas a dar voluntariamente.

Caidin prefirió no opinar en alta voz sobre el asunto.

—Eso significa que, en ocasiones, se quedaba a solas con alguna de las chicas —manifestó.

—Ya le he dicho que...

—Señor Grundig, bajo las aguas del lago Neuchatel ha aparecido un coche con cinco cadáveres en su interior. Todavía conservaban las armas con las que ametrallaron a las chicas.

—Sí, eso es público.

—Esos cinco comandos asaltaron su casa para robar los diamantes. Murieron las ocho chicas incluida la que le traicionó a usted, sustituyendo los diamantes falsos por los auténticos. Si los ladrones están muertos, ¿qué de particular tiene que haya muerto también la que les facilitó la tarea con el cambio de las cajas?

Grundig se mordió los labios.

—Es una lástima que no esté viva. ¡Volvería a matarla con mis propias manos! —dijo, con salvaje acento de odio. Miró a su visitante—. Pero ¿cómo diablos pudo averiguar el escondite y la forma de abrirlo?

Caidin dejó su copa a un lado.

—Una mujer joven y hermosa, y no digamos también astuta, es capaz de conseguir todo lo que desea, por muy hábil que sea su interlocutor —dijo con acento sentencioso—. Es un procedimiento muy anticuado, pero no por ello deja de resultar terriblemente efectivo.

—Sí, bebería y hablaría más de la cuenta... —masculló Grundig—. ¡Pero usted encontrará los diamantes!

—Intentaré encontrarlos, aunque ya le advierto de antemano que no será ni resultará rápido en tiempo ni en medios. A propósito, ¿por qué se peleó con esa chica rubia que salía cuando yo aguardaba su llamada?

Grundig torció el gesto.

—Quiero renovar mi personal de vigilancia. Me gusta que esté constituido por mujeres jóvenes que sepan defensa personal y conozcan el manejo de las armas —contestó—. Simplemente, no le gustaron las condiciones del contrato.

—«Alguna» de las condiciones —dijo Caidin intencionadamente. Grundig se encogió de hombros.

—Eso ya no es cuenta suya —contestó con desabrimiento.

—Muy bien. Tengo que irme. Regresaré a Neuchatel, aunque volveré a verle antes de partir hacia Creta.

—¿Piensa empezar por la Rohe?

—Me parece lo más conveniente, señor.

—Como quiera. Vuelva mañana, tendré preparado dinero suficiente para los primeros gastos. Al terminar, le entregaré los cincuenta mil dólares convenidos.

—De acuerdo. Ah, necesitaré que Egmont me lleve a Neuchatel.

—Tiene que quedarse aquí. Pídale el «Ford Capri» que hay en el garaje —contestó Grundig.

Caidin asintió y se dirigió hacia la puerta. Aquel chiflado, se dijo, le había hecho volar a través del Atlántico y de buena parte de Europa para encomendarle una endiablada misión.

Pero era un asunto que merecía la pena, aunque, considerando que ya se había producido trece muertes, tendría que moverse con pies de plomo.

La chica estaba parada fuera de la carretera, junto al lago, contemplando el paisaje con aire pensativo. Caidin la vio de lejos y frenó suavemente, hasta detenerse a su lado.

—Hola —saludó, después de apearse.

Ella le miró con curiosidad.

—Hola —contestó.

—Me llamo Caidin, Barry Caidin. Nos hemos visto hoy dos veces: en el aeropuerto y en la villa de Wilhelm Grundig.

—Sí, es cierto. Pero no me gustan los amigos de ese sátiro.

Caidin sonrió.

—Solamente soy un empleado. Y eventual —declaró él.

—Eso no cambia mucho el aspecto de las cosas. Quien está empleado para ese tipo, no puede ser una persona decente.

—Se lo toma usted muy a pecho, señorita...

—Jardmill, Cloris Jardmill —se presentó ella—. Bueno, quizá estoy todavía enfadada. Lo que me dijo ese sátiro me puso muy furiosa, créame.

—Era algo relativo al empleo, ¿no es así?

Cloris asintió.

—Sé judo y karate y también sé manejar las armas de fuego. He intervenido en películas de acción y por eso me contrató Grundig, bueno, una agencia en su nombre. El sueldo y el empleo parecían buenos, pero Grundig quería que yo ampliase el campo de mis... actividades.

—Entiendo. Se negó muy rotundamente, señorita Jardmill.

—No sé fingir demasiado —contestó ella—. Tampoco soy una puritana, pero hay cosas que revuelven el estómago. ¿Me entiende usted?

—A la perfección. Oiga, supongo que estará enterada de lo que ocurrió en casa de Grundig.

—Sí, ya me informaron de ello. Pero las armas de fuego no me asustan, señor Caidin.

—Murieron ocho chicas como usted.

La mano de Cloris señaló el lago.

—Ahí se ahogaron cinco hombres —indicó.

—¿Conoce usted la historia?

—Sí, por lo menos, en parte. Es un asunto de diamantes, creo.

—Algo por el estilo. Pero no veo su coche... —observó él de pronto.

—Alquilé uno en el aeropuerto. Pensaba quedarme ya en casa de Grundig, pero luego rectifiqué.

—Y se ha ido a pie.

—Pasear es bueno —contestó Cloris—. Y de aquí a Saint-Aubin sólo hay tres kilómetros. En Saint-Aubin alquilaré un coche o pediré uno por teléfono a Neuchatel.

Caidin extendió el brazo.

—Tengo ahí el mío —dijo—. Bueno, el que me ha prestado Grundig. Espero que no le molestará viajar en el automóvil del sátiro.

—Él no viene con nosotros —contestó ella con indiferencia—. Gracias por el ofrecimiento, señor Caidin.

Volvieron sobre sus pasos. Cuando estaban llegando al coche,

oyeron el rumor de un automóvil que se acercaba a toda velocidad.

Caidin volvió la cabeza. El coche llegaba del sudoeste. Era un deportivo, con la capota bajada, ocupado por dos individuos.

De pronto, el sujeto que iba junto al conductor se arrodilló en el asiento y les apuntó con una extraña escopeta, que colocó en sentido perpendicular al eje del vehículo. Caidin presintió lo que iba a suceder y tiró del brazo de la muchacha, haciéndola ocultarse tras el «Ford Capri».

Con gran asombro, Caidin no oyó ninguna detonación; sólo un golpe seco en la alta delantera izquierda del automóvil. El coche deportivo se alejaba, acelerando todavía más, hasta perderse en la próxima revuelta del camino.

En el suelo, reclinada sobre un codo, Cloris miró al joven.

—Parece como si hubieran querido asustarnos —dijo ella.

CAPÍTULO IV

Caidin rió agriamente.

—¿Asustarnos? —repitió—. Algo más, señorita.

Dio la vuelta por delante del coche y encontró una varilla clavada en la chapa de la aleta. Se arrodilló, sacó un pañuelo y metió la mano entre la rueda y el guardafangos. Luego pegó un seco tirón.

La varilla que asomaba fuera de la aleta desapareció un instante, para reaparecer a los pocos segundos en la mano de Caidin. Cloris contempló con asombro el mortífero proyectil.

—¡Cielos! —exclamó—. Nunca había visto nada semejante.

—Una de las chicas de la guardia personal de Grundig murió por haber recibido un impacto de una flecha idéntica a ésta —contestó Caidin.

Cloris la tomó en sus manos y la sopesó especulativamente.

—Debe de causar unos destrozos horribles en el cuerpo —dijo—. ¿Con qué la disparan?

—No lo sé aún: una escopeta de aire comprimido o quizá una ballesta, parecida a las que se usaban en la Edad Media. Las aletas cortantes están replegadas durante el vuelo y se despliegan automáticamente al alcanzar un blanco.

Con el pañuelo, Caidin agarró cuidadosamente la punta de las aletas y la hizo ceder. Las otras tres aletas cedieron también y desaparecieron con un leve chasquido.

Caidin tocó el coche con la punta de la flecha. De nuevo se desplegaron las aletas. Cloris se estremeció.

—Horrible. —Calificó.

—Sí —convino él.

—¿Dispararon contra usted?

—Eso supongo, señorita Jardimill.

—¿Por qué?

Caidin emitió una sonrisita de conejo.

—He establecido un pacto con el señor Grundig —contestó—. Sospecho que hay alguien a quien no le conviene que lo lleve a buen puerto.

—No es usted muy explícito...

—¿Y usted?

Cloris se puso colorada.

—Ya le he dicho todo cuanto puede saber de mi persona —replicó.

—Me gustaría saber algo más, porque no estoy seguro de que la flecha no fuese disparada contra usted.

—Oh, ¿qué le hace suponer...?

—Ha cometido usted un error al usar su nombre y apellido auténticos, señorita Jardmill. Aunque no lo crea, yo la conozco a usted.

—Oh, qué pesada cruz la de la fama —dijo ella sarcásticamente—. No será por mis interpretaciones en películas de aventuras más o menos interplanetarias.

—Usted no ha interpretado ni siquiera un *spot* publicitario para la televisión. Pero es una de los más acreditados investigadores, rama femenina, de la Corkyman & Willers Insurance. Han desaparecido catorce diamantes, valorados en dos millones de libras, y es lógico que la Corkyman pretenda tomar cartas en el asunto. Sin contar, claro está, las muertes de ocho guardaespaldas femeninos, otro de los motivos por los cuales interviene usted.

—¡Cuánto sabe! —dijo Cloris, con burlona admiración—. Pero los diamantes no han desaparecido, puesto que los asaltantes sólo se llevaron los duplicados. Lo cual hace mucho más extraña la intervención del acreditado policía privado Barry Caidin. También yo he oído hablar de usted —agregó ella con malicia.

—No me extraña en absoluto. Lo que ha dicho es cierto, Cloris, aunque se equivoca en una cosa.

—¿Sí?

—Los diamantes auténticos no están en casa de Grundig, de modo que, como no se espabile usted, la Corkyman tendrá que pagar los dos millones del seguro. Libras esterlinas, por supuesto, que traducido a dólares y al cambio actual, suponen la respetable suma de cuatro millones novecientos sesenta mil dólares.

Ella se quedó con la boca abierta. Sonriendo satisfecho, Caidin hizo un galante gesto con la mano izquierda:

—Madame, el coche espera —invitó con irónica cortesía.

Las luces de la ciudad se reflejaban en el lago. Caidin había tomado alojamiento en el Sparscher, un hotel situado en las afueras de la ciudad. Le gustaba más la relativa soledad del alojamiento elegido. Con un cigarrillo entre los labios, envuelto en su bata, salió a la terraza, desde la que se dominaba un esplendente panorama nocturno.

La mayoría de los huéspedes estaban dormidos ya. Caidin había estado desvelado durante mucho rato, realizando cálculos sobre los posibles implicados en el robo. Ya tenía las fotografías de los cuatro antiguos consocios de Crundig y asimismo había conseguido muchos datos personales de los mismos.

Cada habitación del hotel disponía de terraza independiente. Cloris se alojaba en la habitación contigua. La muchacha debía de estar dormida, porque no se veía ninguna luz en su dormitorio.

Caidin terminó el cigarro. Ya tenía reservado el pasaje de avión para Atenas. Al día siguiente, volaría en un aparato de la Imperial Airways. En Atenas, haría transbordo para tomar otro avión que le llevaría a Heraklion, en Creta. Monika Rohe vivía al otro lado de la isla, en el extremo más oriental, cerca de cabo Sidheros.

La entrevista resultaría interesante, porque la Rohe era una mujer interesante. Treinta y tantos años y muy bella. El físico y la edad apropiados para lucir catorce diamantes. Él la conocía muy bien.

—O quizá para venderlos y disfrutar del producto de su venta —murmuró.

Regresó al interior de la habitación. La flecha desplegable estaba sobre una mesita. Caidin hizo funcionar el mecanismo un par de veces.

Era un arma horrible, pensó. Se preguntó qué mente retorcida podría haber ideado un artefacto semejante.

De pronto, creyó oír un ruidito en el exterior.

Después de lo que había sucedido en la villa de Grundig y del ataque sufrido aquella misma tarde, Caidin tenía que vivir prevenido a la fuerza. Agarrando con dedos crispados el astil acanalado de la flecha, salió a la terraza, tras haber apagado la

única lámpara encendida hasta aquel momento.

Se asomó con todo cuidado. Un hombre, por medio de una escala de cuerda, se descolgaba de la terraza que caía justamente sobre la de Cloris.

El individuo, apreció Caidin, no estaba muy práctico en el uso de las escalas de cuerda. De cuando en cuando soltaba una maldición, como si protestase por verse obligado a usar un medio de acceso nada cómodo.

Al fin, puso el pie en la terraza. Caidin, a una docena de pasos, apreció que era un sujeto de buena estatura y bastante corpulencia. Sus intenciones, pensó, no tenían nada de buenas.

—Eh, usted —llamó.

El hombre, terriblemente sobresaltado, se volvió. Caidin vio que echaba mano al interior de su chaqueta, probablemente, para sacar un arma.

Caidin no estaba dispuesto a servir de blanco al sujeto. Pero tampoco tenía su pistola a mano. Sólo podía hacer una cosa.

Era un hombre de tremenda potencia muscular. La flecha partió disparada, como si hubiera salido impulsada por la cuerda de una ballesta.

Se oyó un leve chasquido. Luego una tos agónica.

El hombre se tambaleó, intentando arrancarse aquella diabólica varilla que tenía clavada profundamente en el pecho. Dio unos cuantos traspiés erráticos, yendo de un lado para otro de la terraza, y al fin, se inclinó a un lado.

Cayó hacia la barandilla, que no era lo suficientemente alta para detenerle. Sus piernas se agitaron un instante locamente, antes de precipitarse hacia el suelo, situado a treinta metros de distancia.

Algo chocó contra el asfalto con horrible chasquido de huesos. Caidin saltó a la terraza y, agarrando la escalada con ambas manos, la sacudió hasta conseguir que se desenganchara de la barandilla de la terraza inmediatamente superior.

La escala siguió el camino de su dueño. Al día siguiente, la policía suiza pensaría que se trataba de un ladrón. Era lo mejor que podía suceder, pensó, mientras regresaba a su habitación, ya que no había podido registrar sus ropas para obtener algún indicio positivo.

Abajo, en la calle, se oyó un grito de alarma. Caidin se quitó la bata y corrió a meterse en la cama. Cerró los ojos lo mejor era

simular que estaba dormido.

—¿No le molestó la policía anoche? —preguntó Cloris, mientras tomaban el desayuno en el comedor del hotel.

—No. ¿Por qué me iban a molestar? Tengo todos mis documentos en regla...

—Encontraron un muerto, justo al pie de mi habitación.

—Oh, algún suicida.

—No se haga el distraído —Cloris bajó la voz—. Sé que lo mató usted.

—¡Acusona! —se burló él.

—Hablo en serio. Encontraron clavada una flecha en su cuerpo. Era idéntica a la que mató a Elizabeth Rainer.

—¿La guardaespaldas de Grundig?

—Sí, la misma.

—Usted la conocía, parece.

—No, pero sí sé los nombres de las ocho chicas asesinadas. Elizabeth estaba de centinela aquella noche y la mataron de un flechazo.

—Hombre, Cloris, tenga en cuenta que estamos en el país de Guillermo Tell. La afición a las ballestas es muy grande; hay clubs y sociedades de ballesteros aficionados, y campeonatos y torneos de tiro con ballesta...

—Las ballestas que se usan aquí disparan saetas tradicionales, no disparan saetas con cuchillas desplegadas, Barry.

—Sí, eso me imagino. De modo que encontraron al ladrón...

—Figúrese como lo encontraron. Además del flechazo, cayó desde treinta metros de altura. El asfalto es muy duro, Barry.

—Sí —comentó Caidin, con acento trivial—, ésa es una de las ventajas de las ciudades modernas. Las acusan de que son selvas de cemento, frías y deshumanizadas pero cuando un hombre cae desde cierta altura, basta pasar el chorro de la manguera de agua, para que no quede ni rastro de lo ocurrido. En cambio, en el campo, si se cayese desde una altura análoga, dejaría en la tierra, quizá herbosa y húmeda, la marca de su impacto, lo que, bien mirado, siempre resulta desagradable.

Cloris se puso furiosa.

—Ésta no es cosa que se pueda tomar a broma —exclamó.

—Pero si yo no estoy bromeando. Solamente quería explicarle lo

que sucede cuando un hombre cae desde treinta metros de altura, según las características del punto de llegada al final de su viaje vertical. Todo eso son consecuencias de la ley de aceleración uniforme.

—Basta, por favor —dijo Cloris con voz crispada—. Si no quiere hablar del asunto, no lo haga, al menos, no se burle de mí.

—No me burlaba, preciosa —contestó Caidin—. El muerto «desembarcó» precisamente en su terraza. Iba a entrar a hacerla a usted una visita a deshoras. Como yo fío en su intachable reputación, me imagino que ese sujeto pretendía dar trabajo a los enterradores de Neuchatel.

—¿Está seguro, Barry?

—Ahora no bromeo, Cloris. Llamé su atención, cuando ya había puesto el pie en la terraza, y trató de sacar una pistola. Entonces yo le arrojé el dardo de hojas desplegadas.

—Tuvo que hacerlo con mucha fuerza —dijo ella, admirativa.

—Con la misma que, por ejemplo, hubiera empleado para lanzar un cuchillo. Pero no lo tenía a mano y sí, en cambio, el dardo. Puesto que lo ha visto, se ha fijado en que es relativamente pesado, sobre todo hacia la punta, lo que le proporciona un elevado momento de inercia, una vez adquirida la velocidad de traslación, y ello se traduce en una fuerte potencia de impacto. No es por alabarme, Cloris, pero soy capaz de atravesar una moneda de cinco dólares a veinte pasos de distancia.

—Ese entrenamiento forma parte de su oficio —opinó ella.

—En efecto.

Cloris se quedó pensativa un momento.

—Me siento agradecida por lo que hizo —dijo al cabo—. Pero ¿por qué pretendía asesinarme ese tipo?

—Usted debe conocer los motivos —respondió—. Pero, imagino, estarán relacionados con su oficio. Lo único que siento es que no puedo quedarme unos días más en Neuchatel; procuraría comportarme con usted de un modo diametralmente distinto al que pensaba emplear el asesino. Para ayudarla a levantar el ánimo, claro.

—Se marcha, ¿eh? ¿Puedo saber adónde, Barry? Si es curiosidad, no me diga...

—No tengo ningún inconveniente, Cloris. Salgo para Madrid.

CAPÍTULO V

El sol estallaba con furia contra los acantilados de cabo Sidheros. Las olas batían mansamente sus bases rocosas, en un día tranquilo, sin una sola nube en el horizonte. Reinaba un silencio casi absoluto.

El camino que conducía a Villa Egeria era bastante malo. Claro que no se podía pedir asfalto en el extremo oriental de Creta, más allá de Vai, el último pueblo de aquella parte de la isla. Pero valía la pena hacer el viaje, para contemplar desde cien metros de altura el mar que había sido centro de la civilización occidental miles de años antes.

Caidin detuvo el coche, alquilado en Heraklion, y lo dejó a la sombra de un olivo milenario, fuera del camino. Vestía una blusa holgada, sin mangas, pantalones cortos y sandalias. Para cubrirse de los ardientes rayos del sol usaba una gorrilla de tela, con ancha visera. Las gafas de color eran imprescindibles, a fin de proteger los ojos del excesivo resplandor del ambiente.

El camino terminaba doscientos metros más adelante. Había una fuerte valla de alambre. En la puerta, cerrada con una simple cadena, una advertencia escrita en griego y en inglés. Era una propiedad privada y nadie tenía derecho a traspasar sus límites, sin permiso del dueño.

A la derecha, un acantilado blanco se desplomaba verticalmente cien metros, hasta unas olas de un azul increíble. Al otro lado de la valla metálica, se veía un lujuriente panorama de mirtos, lentiscos y cipreses, además de otras plantas de adorno. La casa no se veía desde allí, situada abajo, en una hondonada, cerca de la playa.

A Caidin no le gustaba la blusa, que era como una cazadora liviana, debajo de la cual llevaba una camiseta blanca de manga corta. Pero aquella blusa ocultaba la pistola, de la cual había decidido no separarse ya en ningún momento.

Sin la menor dificultad, haciendo caso omiso del prohibitivo cartel, saltó por encima de la cadena y siguió el serpenteante camino que conducía a la villa. A los pocos momentos, oyó unos fuertes ladridos.

Los dos perros llegaron, atronando el aire furiosamente. Detrás de ellos, llegó una hermosa mujer, sucintamente vestida con un bikini blanco, la cual empuñaba una escopeta con las manos.

Los perros se pusieron a ladrar coléricamente bajo un copudo olivo. Una piedra cayó de lo alto sobre uno de los canes y le arrancó un aullido de dolor.

—¡Baje de ahí o disparo! —gritó Monika Rohe—. ¿Me ha oído?

—No soy sordo, preciosa —contestó Caidin de buen humor—. Pero esos perros me dan mucho miedo, a decir verdad.

Ella se quedó parada.

—Esa voz... Me suena —dijo, desconcertada.

—Una vez dijiste que no la olvidarías jamás, por muchos años que transcurriesen —habló el hombre encaramado en el olivo, con acento de buen humor, pero se ve que tu memoria es más corta que tus c: líos, los cuales, eso sí, continúan tan preciosos como siempre.

Monika Rohe lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Caidin! ¡Barry Caidin!

—El mismo, diosa griega —contestó él—. ¿Puedo pedirte que apartes esos dos protectores de tu virtud e integridad física, a fin de que no deterioren la mía?

—Espera cinco minutos aquí, Barry; voy a encadenarlos. Luego podrás seguir el camino hasta mi casa.

—Enterado, guapa.

Los ojos de Monika estaban velados por unas grandes gafas de color azulado. Caidin, en pie junto a ella, tomó uno de los vasos que había sobre el velador y saboreó el refresco que ella le había servido momentos antes.

—La verdad, cuando te vi con la escopeta y los perros, no me pareciste Anfitriote surgiendo de las espumas del mar —comentó bien humoradamente.

—En todo caso, Diana cazadora —respondió ella en el mismo tono—. Pero tengo que vivir prevenida, Barry, compréndelo.

—Hay dos columnas de piedra que sostienen la cadena de la entrada. Supongo que has puesto allí sendas células fotoeléctricas

que accionan alguna alarma en tu casa.

—Exacto. Pero te diré una cosa: eres el último hombre a quien esperaba ver aquí.

—Te has retirado de la vida mundana, aunque esto no es precisamente una clausura monacal. Y, si mal no recuerdo, cuando nos conocimos hace años, te llamabas de otro modo...

—Soy Monika Rohe, Barry —exclamó ella precipitadamente—. Para ti y para todos, ¿entiendes?

—Dispensa, no quise ofenderte. Monika, ¿cómo se te ocurrió venir aquí?

—Hice una excursión. El sitio me gustó. Necesitaba soledad y silencio.

—No cabe duda de que has conseguido ambas cosas. Pero he visto sirvientes...

—Dos mujeres. No hay nadie más en un par de kilómetros a la redonda.

—Salvo los perros.

—Y mi escopeta, Barry.

Caidin tomó otro sorbo de refresco. Luego se acercó al borde de la terraza, situada a unos veinte metros sobre el mar, de la que arrancaba una escalera zigzagueante, de peldaños tallados en la roca y que acababa en una diminuta playa de no más de treinta metros de longitud.

La casa estaba en una especie de concavidad natural, de grandes dimensiones, rodeada de acantilados a derecha e izquierda. Pero los dueños, observó Caidin, habían sabido aprovechar los mejores accidentes del terreno para crear un pequeño parque, que resultaba una alegría y un descanso para la vista y que contrastaba enormemente con el tono blanquecino general de las rocas.

Cabo Sidheros se veía a lo lejos, adentrándose en el mar como una espada de piedra blanca. Un yate de dos palos, todas las velas desplegadas, navegaba a milla y media de la costa. De vez en cuando, se veían algunos delfines, jugueteando alegremente sobre las olas.

Se volvió hacia la mujer.

—Te envidio, sinceramente —dijo.

Monika sonrió halagada.

—Admito la envidia —contestó—. Pero te haré una proposición,

Barry: quédate unos días y disfrutarás de esta paz y esta tranquilidad como lo hago yo.

—No es mala idea —sonrió Caidin—. De este modo, podremos hablar sin prisas de los catorce diamantes de Wilhelm Grundig.

—Diría que has venido a buscarlos en mi casa, Barry —habló Monika tras una breve pausa.

—Aquí, en Londres, en Niza o en Río de Janeiro. En uno de esos cuatro sitios, están los diamantes, Monika.

—Y yo he tenido el dudoso honor de que empezaras conmigo la búsqueda de esas gemas.

—Tenía ganas de verte y de saber cómo vivías. Y de contemplar de nuevo tu belleza. Diciéndolo con una frase anticuada, no ha sufrido mengua con el paso de los años.

—Eh, que sólo tengo... Bueno, no quiero decir mi verdadera edad —rió la mujer.

—Se tiene la edad que se representa y tú representas diez años menos.

—Así no te equivocas y me halagas, ¿verdad? Pero no tengo los diamantes, no sé dónde están y soy absolutamente ajena a cualquier intervención en el robo.

—Murieron trece personas, Monika.

—Lo sé. He leído los periódicos. Pero ¿se te ha ocurrido pensar siquiera en que Grundig es terriblemente aficionado al juego?

—¿Qué juego, Monika?

—Bolsa y caballos. En Nueva York, apostaba casi a diario. Incluso telegrafiaba a su apostador en Londres. Es de suponer que continúe haciéndolo desde Suiza. Aparte de los caballos, la Bolsa era otra de sus aficiones.

—Eso no lo sabía yo.

—¿Y has aceptado convertirte en su empleado, aunque sólo sea temporalmente? —preguntó ella con acento cargado de ironía.

—¿Por qué no? De Grundig sólo me interesa el dinero que me va a pagar, hermosa.

—Si cobra el seguro de los brillantes, claro.

—¿Cómo? ¿Opinas que él...?

Monika se llevó el vaso a los labios.

Sonreía.

—Son dos millones de libras esterlinas, casi cinco de dólares —

dijo significativamente.

—Pero matar a trece personas...

—La vida humana jamás ha tenido la menor importancia para ese tiburón, Barry. Puede que sea su primera matanza, en gran escala, pero no el primer crimen.

—De todas formas, me gustaría cerciorarme que tú no tienes esos brillantes, Monika.

Ella hizo un amplio gesto con la mano.

—Adelante, registra la casa, revuélvelo todo —invitó—. No encontrarás nada, te lo aseguro.

—Supongamos que los tienes —dijo él—. ¿Qué harías con esas catorce piedras?

—Hay dos soluciones, por ejemplo, pedir un rescate o partirlas en otras más pequeñas, para venderlas sin inconvenientes. Pero, puesto que los diamantes no están en mi poder, cualquier especulación sobre el particular resulta perfectamente inútil.

—Es posible que tengas razón, preciosa.

Caidin se acercó a la mesa, sobre la que había una gran bandeja de acero inoxidable, que había servido para el transporte de las bebidas. Paseó el dedo por el pulido metal, silencioso, pensativo. Monika le contemplaba con curiosidad.

Estaba indolentemente sentada en un gran sillón de mimbre. El mar quedaba a su derecha. La mesa, a su izquierda.

—Estás muy pensativo —observó ella—. ¿Qué te preocupa, Barry?

—Tú —contestó él.

—¿Yo? —Monika rió un tanto nerviosamente—. ¿Acaso me consideras en peligro de muerte?

—Sí.

Ella se irguió en su asiento, repentinamente sería. De súbito, Caidin agarró la bandeja con las dos manos y la colocó ante el pecho de la mujer. En el mismo instante, algo zumbó oscuramente en el aire y chocó contra el metal de la bandeja, produciendo un desafinado tañido. La bandeja era de duro acero, pero la flecha de aletas desplegadas la atravesó unos centímetros.

Con ojos desorbitados, Monika contempló el mástil de la saeta, que todavía vibraba. En una fracción de segundo pensó que, si Caidin no hubiese colocado la bandeja como escudo protector,

ahora tendría aquella flecha clavada en el cuerpo.

CAPÍTULO VI

Monika no tuvo tiempo de gritar siquiera. Caidin había tirado ya la bandeja a un lado y corría hacia un espeso seto de mirtos que había en las inmediaciones de la terraza.

Unos ramajes se agitaron con violencia. Caidin corría tras el individuo, apenas visible a causa de la espesa vegetación del jardín. El hombre, era evidente, quería ganar la salida, precisamente por el mismo sitio en que había entrado, que no era la puerta que había utilizado Caidin.

Los dos hombres corrieron velozmente, zigzagueando en ocasiones. Caidin se dio cuenta de que el frustrado asesino trataba de escapar por un punto cercano al borde de los acantilados. Tal vez, pensó Caidin, había allí una brecha en la valla metálica.

Caidin tenía la pistola en la mano, pero no quería usarla. Hubiese podido abatir al intruso; sin embargo, su interés se centraba en alcanzarlo, para obligarle a hablar.

Desde la terraza, Monika seguía la persecución con ojos anhelantes. De pronto, vio que el intruso estaba a punto de alcanzar la valla.

—¡Quieto! —gritó Caidin en aquel instante.

El fugitivo estaba ya a cuatro o cinco metros de la valla, que llegaba hasta el mismo borde del acantilado. De repente, puso el pie en una piedra suelta y se tambaleó.

Un grito de angustia se escapó de sus labios, al percatarse de que estaba a punto de caer. La distancia al mar era allí de unos setenta metros. Caidin alargó una mano, pero llegó tarde.

El hombre saltó al abismo. Sin embargo, en un supremo esfuerzo, consiguió realizar una torsión y se agarró a un saliente, situado a unos cuatro metros del borde.

Caidin se tendió en el suelo y estiró la mano derecha, pero no llegaba. Los ojos del individuo le contemplaron con expresión

agónica.

—Sálveme... —jadeó—. Lo diré todo.

El hombre estaba agarrado con ambas manos a un pequeño saliente rocoso. Su cuerpo pendía en el vacío. Debajo de él, había más de sesenta metros de caída libre hasta unas rocas de cortantes bordes, sobre las que se estrellaba el mar incesantemente.

Caidin se puso en pie.

—¡Monika! —gritó con poderosa voz—. ¡Cuerdas! ¡Sábanas, lo que sea! Hay un hombre en peligro; tenemos que salvarle.

Monika entendió la petición y corrió hacia la casa. Caidin volvió a tenderse en el suelo nuevamente.

—Animo, le sacaremos de aquí —dijo.

La cara del sujeto estaba gris y, al mismo tiempo, inundada de sudor.

—Pronto... —Sollozó—. Me fallan las fuerzas...

Caidin miró un instante hacia la casa. Monika no salía aún.

Algo crujió levemente.

—La roca... va a ceder... —gimió el asesino.

Una vez más, Caidin alargó la mano, pero no llegaba. De pronto, oyó la voz de Monika:

—¡Ya voy, Barry!

La mujer corría con una pelota de sábanas en las manos. Caidin se volvió un instante para mirarla y luego se encaró otra vez con el sujeto.

—Diez segundos solo —dijo—. Aguante.

El crujido se repitió. Monika llegaba ya con las sábanas cuando, de repente, la roca cedió con fuerte chasquido.

Un horrible alarido brotó de la garganta del sujeto, alejándose con vertiginosa rapidez hacia el mar:

—¡Ah! ¡Ah!

Monika volvió la cabeza a un lado. Caidin vio la caída, atraído por una especie de fascinación a la que no sabía resistirse. El asesino volteó como un gran pájaro herido. Su cuerpo rozó de pronto una roca puntiaguda, a cuarenta metros del borde. Caidin pudo darse cuenta que la roca hacia el efecto de un sable afilado, rasgando el vientre del desdichado. Junto con el individuo cayó algo rojo, horrible, repulsivo.

El hombre se estrelló contra una piedra. Luego, lentamente,

resbaló por el borde mojado y se hundió en el mar.

Monika estaba arrodillada, la cara entre las manos, estremecida por unos sollozos histéricos. Caidin la levantó a pulso.

—Vamos —dijo suavemente.

Ella se dejó llevar. A Caidin le parecía mentira que se hubiese producido una muerte bajo aquel cielo tan azul. Nada parecía haber sucedido en aquel mar, que seguía con la misma inmutabilidad que miles de años antes.

Llegaron a la terraza. Caidin llenó una copa y se la entregó a la mujer.

—Bebe —dijo con firmeza.

Monika hizo un esfuerzo y tomó un par de sorbos. Luego se derrumbó sobre una tumbona, cubriéndose los ojos con una mano.

—Ese pobre hombre... —murmuró.

—Quería matarte —dijo él—. Vino aquí para quitarte de en medio.

—Pero ¿por qué? Barry, ¿por qué? —gritó ella con voz crispada.

Caidin agarró un taburete de mimbre y se sentó frente a ella.

—Tú sabes las razones, mejor que nadie —contestó, muy serio.

—Rompí todas mis relaciones con Grundig. Y sólo eran de tipo comercial. No le debo nada, ni él me debe a mí...

—¿Estás segura?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Formabais una sociedad y no eran negocios limpios precisamente los que realizabais. ¿De dónde, si no, salió el dinero para la compra de los catorce diamantes...?

Monika se mordió los labios.

—Es cierto —admitió—. Grundig nos engañó a los cuatro.

—¿Por valor de...?

—Casi todo. Los fondos alcanzaban a unos seis millones. Él se quedó con cinco o más.

—Y los diamantes, que valen casi tanto.

—Y los diamantes —corroboró ella.

—¿Te has puesto de acuerdo con los tres restantes para recobrar lo perdido?

—No. Nunca lo intenté. Me sentía cansada y desilusionada... Puedo vivir perfectamente con el poco dinero que me queda. La vida, aquí, es muy barata. Hay tranquilidad, hay paz... No quiero

moverme de aquí jamás, Barry.

—Yo te creo, Monika, pero ¿te creerán los otros?

—No entiendo...

—Está claro. Alguien quiere los diamantes para sí solo.

—¡Pero si no me interesan en absoluto!

—¿Lo sabe él?

—¿Quién, Barry?

Caidin enseñó la bandeja con la flecha.

—El que pagó al hombre para que te asesinara —contestó.

Monika se estremeció.

—Quita eso de mi vista —pidió, con voz gemebunda.

—¿Por qué no eres sincera conmigo? —insistió él.

—¿Es que no me crees aún? Todo esto lo ha ideado Grundig, vuelvo a repetírtelo.

—Pero no comprendo. Si él tenía los diamantes...

—Han desaparecido, oficialmente. El seguro tendrá que pagar: son dos millones de libras esterlinas. A Grundig no le interesa que ninguno de sus antiguos socios destape el pastel, porque se demostrará que no robamos los diamantes.

Caidin hizo un gesto de escepticismo.

—Demasiado complicado —dijo—. Grundig no tenía por qué haber organizado una matanza.

—Como detective eres pésimo, Barry. Precisamente, la matanza dará visos de realidad a la comedia que él ha montado.

—Cuando yo llegué, no había denunciado aún el robo de los diamantes.

—Lo hizo después, naturalmente, cuando, delante de ti, fingió advertir el engaño. Oh, ¿crees que no le conozco bien? Sí, puedo suponer que teme que alguno de nosotros le quite los diamantes, para resarcirse del dinero que nos robó. Y por eso te contrató a ti... pero si buscas en su casa, encontrarás esas malditas piedras. Es lo único que le queda; todo su dinero se ha ido en sus locas especulaciones en la Bolsa y en esas disparatadas apuestas hípcas. Cobrará el seguro y luego, aunque le duela mucho, fragmentará los diamantes, para tener más dinero. Los gastos importarán una elevada suma, pero será una fruslería comparado con lo que piensa ganar. ¿Lo entiendes de una vez?

Hubo un momento de silencio. Luego, Caidin sonrió.

—¿Me permites que me quede unos días a tu lado, hermosa? —consultó.

Ella le tendió unos brazos dorados como los de una diosa, a la vez que le dirigía una ardiente mirada:

—No sólo te lo permito, sino que te lo mando.

—He examinado la valla —dijo Caidin a la mañana siguiente, mientras con la toalla bajo el brazo, descendía por los escalones que conducían a la playa en compañía de la bella mujer—. Está intacta, pero no se te ocurrió instalar detector en los puntos donde termina junto al borde de los acantilados.

—Lo arreglaré rápidamente —contestó Monika.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó él.

—Mucho mejor. —Ella le miró ardientemente—. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

Había una barca de pescadores a unos doscientos metros de la costa. En la popa, dos marineros tendían la red.

Una lancha, con motor fuera borda, se movía lentamente cerca de la playa. Había otras embarcaciones, la mayoría de ellas con blancas velas. El día era radiante, luminoso.

Caidin dejó la toalla en la arena.

—Comprado que te guste vivir aquí —dijo.

Monika sonrió.

—Me parece que me quedaré por el resto de mis días —contestó—. Apenas llueve, jamás hace frío...

Echó a correr y entró chapoteando alegremente en el agua. Caidin la siguió sin prisas. Sentíase indolente, sin muchos deseos de hacer ejercicio.

Monika se adentró en el agua, nadando con fáciles y vigorosas brazadas.

—¡Vamos, perezoso, ánimo! —gritó.

Caidin contestó con un gesto negativo. Simplemente, se limitó a chapuzarse un poco. Luego se sentó en la arena. Monika era una imprudente, pensó, se alejaba demasiado de la costa.

De vez en cuando, ella se sumergía y buscaba bajo el agua. Luego volvía a emerger, agitando sus dorados cabellos. Los tripulantes de la lancha pesquera contemplaban con interés sus evoluciones.

De pronto, un pequeño bote se separó del pesquero, navegando

con la ayuda de un motorcito que petardeaba fuertemente en la calidez del ambiente. Caidin contempló la maniobra con curiosidad.

La canoa que se movía por las inmediaciones arrancó de pronto, cuando su piloto dio toda la potencia al motor. Dos chorros de espuma brotaron inmediatamente de la proa afilada como un cuchillo.

Caidin se puso en pie. Presentía el peligro.

—¡Vuelve, Monika! —gritó.

El tripulante del botecito oyó el ruido de la motora y se volvió un instante. Aceleró todavía más y, de pronto, poniéndose en pie sobre la embarcación, echó el brazo hacia atrás y lanzó algo con todas sus fuerzas.

Horrorizado, Caidin vio el huevo oscuro que volaba por los aires.

CAPÍTULO VII

La bomba de mano chapoteó al hundirse en el agua, a pocos pasos de la posición en que se encontraba Monika. Segundos después, se produjo el estallido.

El cuerpo de Mónica saltó un poco fuera del agua. Luego cayó pesadamente y quedó flotando, inmóvil, sangrando por boca y nariz. Casi en el mismo instante, Caidin vio que la motora acometía al botecillo.

El tripulante sacó una pistola, pero no tuvo tiempo de emplearla. La proa de la lancha partió en dos a su embarcación, tirándolo al agua.

Enormemente asombrado, Caidin vio que la motora estaba tripulada por una mujer, ataviada con un dos piezas rojo. Casi en el mismo instante, se oyó el petardeo de un ametralladora a bordo del pesquero.

La mujer se agachó, mientras las balas levantaban chorritos de agua en las inmediaciones de la motora. Viró ceñidamente, sin disminuir la velocidad y se dirigió hacia la playa, trazando continuos zigzagueos para dificultar la piratería del tirador.

Algunas balas llegaron a la playa. Caidin se tiró al suelo instantáneamente, mientras escuchaba el bronco ruido del motor del pesquero, que se ponía en marcha.

Los restos del bote destrozado se agitaban en el mar, alborotado momentáneamente por la estela que dejaba la motora.

El supuesto pesquero se alejó con una rapidez que dejó estupefacto a Caidin. Era evidente que poseía un motor mucho más potente de lo normal.

La ametralladora calló. Caidin se puso en pie.

Entonces vio a la mujer que tripulaba la lancha. Ella agitó el brazo y le llamó por su nombre:

—¡Barry! ¡Venga, pronto!

Caidin se lanzó al agua y nadó una veintena de metros. Alcanzó la motora y se izó a bordo.

—¡Cloris! —exclamó, pasmado.

Pero ella no le hacía ya caso. Dio marcha atrás a toda velocidad, hizo girar la embarcación y luego maniobró para acercarse a la mujer que flotaba inmóvil en el agua.

—Sáquela, Barry —indicó ella.

Caidin se estremeció al ver el horrible aspecto que presentaba Monika. La sangre fluía lentamente por boca, nariz y también por los oídos. El cuerpo, en apariencia normal, pero él sabía que la mujer había muerto, reventada por la explosión.

—El que tiró la bomba...

—Está muerto —dijo Cloris—. Le vi un instante, antes de hundirse, destrozado por la hélice del motor de mi barca.

Caidin se inclinó y agarró una de las muñecas de la muerta. Ayudado por Cloris, consiguió izarla a bordo. La misma Cloris cubrió parcialmente el cadáver con una gran toalla de baño.

Caidin volvió los ojos hacia el pesquero, que se hallaba ya a unos seiscientos metros de distancia de ellos.

—Cloris, voy a desembarcarla —dijo—. Luego perseguiré a esos asesinos...

—Me parece que no va a tener que molestarse, Barry.

El brazo derecho de la joven se tendió hacia determinado punto. Caidin oyó el ruido de un motor.

Dos hombres fueron izados a bordo del helicóptero, que remontó el vuelo en vertical. A unos cincuenta metros, alguien dejó caer un objeto de gran tamaño sobre el pesquero.

Se oyó una fuerte explosión, seguida de una gran llamarada. El pesquero empezó a arder de inmediato, mientras el helicóptero se alejaba a toda velocidad.

Caidin se dejó caer, abatido, sobre uno de los asientos de la lancha.

—Nos han burlado —dijo.

—Eso no es lo peor —contestó ella—. Monika Rohe ha muerto, pero hay otras tres personas en peligro inminente de perder la vida.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Caidin, vivamente sorprendido.

Cloris señaló hacia el bulto cubierto por la toalla multicolor.

—Está claro, ¿no?

—Tres personas más van a morir... pero, entonces, ¿por qué diablos me contrató Grundig, si él es quien ha organizado esta serie de asesinatos?

—Yo no he dicho que sea Grundig el que lo haya planeado —puntualizó ella—. Eran cinco, quedan cuatro. Tres deben morir, para que uno disfrute del botín.

—Está usted muy bien enterada...

—¿No es usted el que mencionó mi fama como investigadora de la Corkyman?

—Su compañía ha asegurado los diamantes.

—Sí. Y, como comprenderá, no estamos dispuestos a perder los dos millones de libras esterlinas que importa el seguro.

Cloris gobernó la embarcación, dirigiéndola hacia la playa.

—Pobre mujer —murmuró compasivamente—. En tiempos, se alió con una serie de desaprensivos. Sí, ganó dinero, evidentemente, pero no supo calibrar con exactitud la clase de gente a la que se había unido.

—Tuvo mala suerte, Cloris.

—Todo delincuente, tarde o temprano, tiene mala suerte, Barry. Y no me negará que ella no fue una estafadora. Por medios legales, si usted quiere, pero estafadora, al fin y al cabo.

La roda de la motora chirrió al tocar la arena de la playa. Caidin saltó a tierra y sujetó la embarcación por la amarra de proa.

Cloris aceleró un poco el motor y la lancha quedó fija, movida apenas por unas olas muy suaves. Caidin tomó en brazos el cadáver de Monika.

—Tendremos que avisar a la policía —dijo.

Cloris asintió.

—Lo peor de todo es que Villa Egeria no dispone de teléfono. Será preciso ir a Vai.

—Está usted muy bien informada...

—Es mi oficio, Barry, no lo olvide.

—Bien, le propongo una cosa, Cloris.

—Usted dirá.

—Trabajemos juntos. Obtendremos mejores resultados, creo.

—No hay inconveniente, Barry. —Accedió ella—. ¿Hay algún coche en la villa?

—El mío —contestó él.

—En ese caso, vaya a Vai. Pero le advertiré una cosa.

—Dígame, Cloris.

—Yo me encontré con el jaleo inocentemente. En cuanto a usted, era huésped de la señora Rohe y no sabe nada de lo ocurrido.

—Sí, de acuerdo.

—Los dos hemos visto lo que ha sucedido, pero ignoramos los motivos. ¿Le parece bien?

—Es un plan estupendo. Pero después expondré el mío.

—¿Cuál es?

—Volar a Niza cuanto antes. Es preciso llegar a tiempo para salvar a Félix Havrane.

—No hay objeción, Barry. —Accedió Cloris.

Los ojos de Caidin se posaron melancólicamente sobre el bulto cubierto por la toalla.

—Ella dijo que iba a quedarse a vivir aquí para siempre —murmuró.

—Lo ha conseguido, Barry.

—Trataremos de salvar una vida, la de Coulaye, pero no me iré de Creta sin antes haber acompañado a Monika hasta... hasta el lugar donde residirá eternamente en esta isla —dijo él.

—¿Amaba usted a Monika, Barry? —preguntó Cloris.

Caidin volvió la vista un poco, para contemplar aquel mar azul desde la ventanilla del avión. Nada parecía haber sucedido, aquella visión sugería la idea de la vida y no de la muerte. Luz y calma... pero el rojo de la sangre había enturbiado el esplendor azul.

—No, no la amaba —contestó al cabo, mientras el avión ganaba altura—. Pero siempre duele la muerte de las personas que se aprecian. Y yo estimaba mucho a Monika.

—Ése no era su nombre, Barry —dijo Cloris suavemente.

—¿Tiene importancia a estas alturas? En dónde está ella, el nombre no interesa.

—Es cierto, Barry, perdone si me muestro indiscreta.

—Oh, no se preocupe. Por cierto, ¿cómo se ha metido usted en este asunto?

—Bueno, me envió el director de mi sección. Conoce mis cualidades y al leer la muerte de las ocho guardaespaldas de Grundig, receló la pérdida de los diamantes, pese a que, como usted

sabe, no se había anunciado todavía. Era de suponer, por otra parte, que Grundig quisiera contratar a nuevas guardaespaldas. Se le hizo la oferta de una fingida agencia y él contestó afirmativamente. Acudí y...

—Y rechazó el empleo.

—Admito que me porté impulsivamente, pero, en realidad, sólo quería estudiar la situación sobre el terreno. Grundig ya tendrá más guardaespaldas nuevamente.

—Pero usted no será una de ellas, lo cual no conviene a su compañía de seguros.

—A mi compañía, lo que le conviene es evitar el pago de dos millones de libras esterlinas o cinco de dólares, como prefiera. Y usted —exclamó ella de pronto—, ¿cómo apareció por allí?

—Hace años resolví un caso a Monika. Indudablemente, lo comentaría más tarde con Grundig. Él, sin duda, lo recordó, porque lo citaba en el cablegrama de llamada. Ofrecía una buena paga y acepté.

—Entonces fue cuando conoció a Monika —dijo Cloris.

—Sí. Nos hicimos muy amigos, lo confieso.

—Pero el romance no siguió adelante.

—Bueno, Monika tenía cinco o seis años más que yo. No es una diferencia insalvable, pero no me gustaban sus procedimientos y nos separamos.

—Ahora, sin embargo, trabaja para alguien cuyos procedimientos son bastante menos honestos.

Caidin se encogió de hombros. Creta se empequeñecía ya a lo lejos.

—Quizá ahora me interese encontrar solamente al asesino de Monika —contestó.

—¿Gratuitamente?

—¿Le sorprendería, si fuera así?

—No, me admiraría.

—Monika no merecía una muerte tan atroz, reventada por el bombazo. Alguien tiene que pagarlo.

—El que lanzó la bomba está muerto.

—Pero no el que dio la orden de eliminar a Monika.

—Grundig.

—Tal vez.

Caidin se reclinó en el asiento. Sacó cigarrillos y ofreció uno a la joven, pero ella rechazó con breve gesto.

Una azafata pasó, ofreciendo revistas. Cloris tomó una.

Caidin continuaba contemplando el mar con obstinación. De pronto, oyó una exclamación de su compañera de viaje.

—¿Qué sucede? —Se volvió hacia ella.

—Nada de particular. Este hombre es más importante de lo que yo pensaba. Fíjese, hasta le han hecho un reportaje con fotografías a todo color.

Ella le enseñó una de las páginas de la revista, en la que se veía a un hombre de mediana edad, ataviado con una elegante indumentaria de *yatchman*, sobre la cubierta de una embarcación de lujo. Se veía también uno de los salvavidas, con el nombre del yate: «Shirley».

—No conozco a ese Hudmyers Opperton —dijo Caidin—. ¿Quién es?

—Uno de los altos ejecutivos y principal accionista de la Corkyman. Me ha sorprendido verle en esta revista de sociedad, eso es todo.

—Indudablemente, es un hombre muy rico. Mantener un yate como ése no se puede hacer si no se es un potentado.

—Opperton tiene mucho dinero —sonrió Cloris—. Es curioso, andaba por Creta, pero no me he tropezado con él.

—¿Le habría supuesto algún inconveniente?

—No, él no interfiere nunca las actividades de los agentes. En todo caso, cuando yo termine, pedirá un informe de mi labor.

—Lo que le valdrá un ascenso, sin duda.

—O la relegación a una oficina y una máquina de escribir. En tal caso, dimitiría.

—No le gusta la quietud, ¿eh?

Cloris sonrió evocadoramente.

—Detesto el trabajo con horario fijo —respondió—. Puede que entonces fuese a pedirle un empleo a usted, Barry.

—Si deja la Corkyman, cuente con un puesto a mi lado, Cloris —aseguró él muy serio.

CAPÍTULO VIII

La carretera partía de Niza hacia el norte y serpenteaba por el valle en dirección a Levens. Pero mucho antes, a pocos kilómetros de Niza, el coche se desvió hacia la derecha, metiéndose por un camino secundario que ascendía hacia las colinas cubiertas de verdor.

Cloris conducía el coche alquilado en Niza. Caidin se dedicaba a disfrutar, contemplando el paisaje, abundante en villas de recreo.

—Hay que ver cómo saben gozar algunos de la vida —comentó, después de un rato de silencio.

—Hicieron dinero y se retiraron, eso es todo, Barry —dijo ella.

—Los fondos de la sociedad ascendían a seis millones. Grundig arreó con cinco o más. Un millón entre cuatro no da para estos lujos. Y eso es lo que tuvieron que repartirse los estafadores estafados.

—Algo más les quedaría, ¿no cree? En el hombre resulta diríamos innato quejarse siempre de poco dinero.

—Una filosofía que no comparto. Teniendo lo suficiente para comer decentemente, yo no me quejaría nunca de poco dinero.

—Pero pidió cincuenta mil por su trabajo.

—Es que lo vale, Cloris.

—¿Y qué diferencia hay...?

—No discutamos más, por favor. Si no me equivoco, estamos llegando ya a la residencia de Havrane.

A la derecha se veía un entrante, rematado en una espesa puerta de hierro, con agudas puntas en la parte superior. Tanto la puerta como la tapia eran opacas y no permitían ver lo que había al otro lado, salvo las copas de los árboles.

—Havrane es prevenido —dijo él.

—Todos lo son. Incluso Monika, aunque, a la pobre, de nada le sirvió. Ni valla, ni perros...

Caidin se apeó. Buscó el timbre, lo encontró y apretó a fondo.

Un levisímo chasquido sonó a los pocos instantes. Caidin se dio cuenta de que eran escrutados por el ojo de una cámara de televisión, en circuito cerrado.

—Digan sus nombres y los motivos de la visita —habló una voz áspera y poco amistosa, a través de un oculto micrófono.

—Cloris Jardmill y Barry Caidin. Motivos: catorce brillantes valorados en dos millones de libras esterlinas.

—Les envía Grundig, ¿eh?

Cloris acercó sus labios al micrófono.

—A mí, no. Yo soy representante de la compañía que aseguró los brillantes.

—Oh... —La voz dudó un instante—. Está bien, usted puede pasar, señorita Jardmill. Pero no recibiré a su acompañante.

Caidin torció el gesto. Cloris le miró con ironía.

—Ya le informaré —bisbiseó.

La puerta se abrió a los pocos momentos. Dos enormes sujetos, ninguno de los cuales mediría menos de dos metros, aparecieron a la vista de los recién llegados.

—Entre, señorita —dijo uno de los gorilas.

Cloris agitó la mano.

—Hasta luego, Barry —se despidió del joven.

Caidin estudió la tapia. Medía unos cuatro metros de altura, pero no tenía pinchos ni vidrios cortantes en el borde. Se preguntó si valía la pena intentar pasar al otro lado.

Retrocedió unos pasos. En aquellos momentos, no pasaba nadie por la carretera.

De repente, temó carrerilla. Saltó, a la vez que alargaba sus manos.

Se aferró al borde, izándose a pulso. Consiguió ponerse a caballo sobre la barda y luego buscó el sitio mejor para pasar al otro lado.

La casa estaba a unos cincuenta pasos y apenas si podía verla entre el follaje. Se dejó caer al suelo y avanzó a gatas entre los macizos de flores.

Se trataba de una construcción antigua, con un tejado de pizarra, que resultaba casi incongruente en aquel ambiente. La casa tenía dos plantas y un ático.

Las ventanas de la planta baja estaban abiertas a causa de la

excelente temperatura que reinaba. De pronto, Caidin oyó el chasquido de una bofetada, seguido de un gemido de dolor.

—Usted no es agente de ninguna compañía de seguros. —Sonó la voz de Havrane—. Esto es una trampa urdida por Grundig. También él quiere quitarme de en medio, pero si cree que lo va a conseguir, está equivocado. ¿Sabe lo que pienso hacer con usted, condenada entrometida?

—Seguramente, me cortará en pedacitos y me enviará en numerosos paquetes a Grundig —contestó Cloris.

—No, me bastará con enviarle una de sus orejas, con el pendiente incluido. El jardín de esta casa es muy grande para ocultar el resto, ¿comprende?

—Debe de tener mucha práctica en enterrar aquí a la gente, ¿no es así?

«Por lo menos, no pierde el ánimo», pensó Caidin.

Se levantó un poco. Cloris estaba sujeta por los dos gorilas. Ella conocía muchas llaves de judo y de karate, pero en manos de aquellos gigantes estaba completamente indefensa.

Havrane estaba sentado en un sillón, medio vuelto de espaldas a la ventana. Caidin pudo apreciar que se trataba de un sujeto delgado, de rostro huesudo y tez amarillenta.

Cloris estaba frente a él, sujeta por los brazos. Resultaba obvio que los dos gorilas no eran sino unos meros ejecutores de las órdenes de su patrón. Sus rostros se mantenían impenetrables, completamente estólidos, como tallados en piedra.

—Reeker, ¿cómo lo haremos? —consultó Havrane de pronto.

—A la noche. Un lazo, señor —contestó el interpelado.

—¿Willi?

El otro gorila hizo un gesto de indiferencia.

—Rápido. No me gusta ver padecer a la gente. El lazo es bueno —respondió.

Caidin se agachó un poco. Buscó en el suelo y encontró un buen terrón al pie de un rosal. Estaba blando, pero conservaría su forma durante el vuelo, al menos, se dijo.

—Está bien. Hay un sótano estupendo —dijo Havrane—. Sí, el lazo es buena idea.

En el mismo instante, el terrón partió con fuerza indescriptible y alcanzó de lleno a Reeker en la cara.

El gigante se tambaleó, cegado por el estallido de tierra húmeda, que le había dado un poco más arriba de la nariz. Soltó a Cloris y la joven, aprovechando la sorpresa del otro, empezó a actuar.

—¡Animo, chica! —gritó Caidin, a la vez que salvaba el antepecho de la ventana—. ¡Aquí llega la caballería!

Havrane se incorporó, sobresaltado, justo en el momento en que Willi volaba por los aires. Caidin pasó por su lado, con el codo levantado. Fue suficiente un ligero toque para que Havrane se desplomara aturrido.

Reeker bramaba, tratando de limpiarse los ojos para poder ver e intervenir en la pelea. Caidin agachó la cabeza y le golpeó con la frente en el mentón. Sé oyó un chasquido y Reeker cayó de espaldas, completamente perdido el conocimiento.

Willi se había levantado de nuevo y trataba de acometer a la muchacha. Caidin le arrojó una silla, haciéndola resbalar por el suelo. Willi tropezó y cayó de bruces. Mientras caía, ella le golpeó en la sien con la puntera de su bota.

La pelea terminó tan rápidamente como había empezado. Caidin agarró a Havrane por el cuello de la chaqueta y lo arrojó sobre el sillón.

El sujeto se sentía estupefacto. Quería hablar, pero apenas si podía articular las palabras.

—Pero... pero... No entiendo... ¿A qué viene esta invasión de mi casa? —tartamudeó.

—Se trata, simplemente, de ahorrar a Reeker el esfuerzo de emplear su lazo —contestó Caidin.

Cloris se atusó el pelo, revuelto durante la pelea.

—Y de evitar que usted perezca asesinado —agregó, aún jadeante.

—¿Matarme a mí? Pero ¡qué absurdo! ¿Por qué?

—Por los diamantes que usted se llevó de la residencia de Grundig, cerca de Neuchatel. O hizo que alguien se llevase, tanto da.

—¡Tonterías! —bufó Havrane—. Yo no tengo esos diamantes, aunque me agradecería ser su dueño. Todo eso es un cuento de Grundig.

Caidin y la joven intercambiaron una mirada.

—Dice lo mismo que Monika —murmuró él.

—¡Monika! ¿Se refieren a...? —exclamó Havrane.

—Sí, la misma —confirmó Caidin.

—¿Dónde la han visto?

—La última vez, en el cementerio de Vai, en Creta.

La nuez de Havrane subió y bajó unas cuantas veces.

—¿Quieren decir que... está muerta? —balbuceó.

—Asesinada, es el calificativo correcto —dijo Caidin.

—Nosotros recogimos su cadáver del mar —añadió Cloris.

Havrane se puso una mano sobre los ojos.

—Pobre Monika... Tan buena, tan hermosa... ¿Se sabe, al menos, quién la asesinó?

—El mismo que ha planeado matarle también a usted —contestó Caidin.

—Pero es que yo no tengo nada que ver con esos diamantes...

—Alguien opina lo contrario. Y usted no se siente muy seguro, dada la protección que ha contratado. Aunque, a decir verdad, más que protectores, son un estorbo.

Havrane miró furioso a los gorilas.

—Los despediré. —Gruñó—. No sirven para nada...

—Salvo para cavar tumbas en su jardín —le recordó Cloris.

—Era una exageración. No pensábamos matarla. Sólo quería asustarla un poco —refunfuñó Havrane.

—Pues me han metido el miedo en el cuerpo —reconoció la interesada.

—Cloris, estamos aquí para hablar de diamantes —dijo Caidin.

—No sé nada de diamantes y, ¡maldita sea!, no me gusta ninguna piedra preciosa —exclamó Havrane de mal talante—. Lo único bueno que tienen las gemas son el dinero que se puede sacar de ellas; eso sí me interesa. Pero no tengo los diamantes de Grundig, métanse en la cabeza esa idea de una condenada vez.

Havrane persistía en su idea de despedir a los guardaespaldas, pero Caidin le hizo cambiar de opinión.

—Nosotros no podemos permanecer continuamente a su lado —dijo—. Si le parece bien, vendremos por las noches y vigilaremos.

—Y hablaremos —agregó Cloris—. A decir verdad, no le creo demasiado cuando dice que no tiene los diamantes.

Havrane se encogió de hombros.

—¿Por qué no registran la casa? —preguntó, desafiante.

—Demasiado trabajo —alegó Caidin—. Volveremos mañana al atardecer. Entretanto, diga a ese par de acémilas que abran bien los ojos.

Minutos más tarde, Caidin y Cloris emprendían el regreso a Niza.

—¿Qué opina usted? —preguntó ella apenas se hubieron sentado en el coche.

—Me pareció sincero. Claro que no se puede asegurar...

—Yo no confío en él. Pero no me gustaría que lo asesinaran.

—Trataremos de evitarlo, Cloris.

Ella se estremeció.

—Barry, ¿usarán una vez más esa diabólica ballesta? —preguntó.

—A menos que dispongan de un duplicado, no. Recuerde que yo me apoderé de ella en el jardín de Villa Egeria.

—Salvó una vez la vida de Monika, pero no tuvo tanto éxito la segunda.

—No se me ocurrió pensar en el pesquero como elemento sospechoso —contestó él—. En cuanto a la primera intentona, las ramas del macizo de mirtos se movieron y ello me hizo recelar. Pensé que el tipo que estaba allí oculto podía emplear un arma que no hiciese ruido.

—Una pistola con silenciador —sugirió ella.

—Pude ver en sus manos un bulto mucho mayor. Entonces pensé en la ballesta.

Los ojos de la muchacha estaban fijos en la carretera.

—Barry —dijo—, ¿qué hacemos?

—En lo que se refiere a esta noche, tengo ganas de alegrarme un poco. ¿Por qué no intentamos divertirnos, a ver si conseguimos sentirnos menos fúnebres?

—Puede que sea una buena idea —admitió Cloris, meditabunda.

CAPÍTULO IX

La melodía era de ritmo lento. El local estaba iluminado por una tenue luz azul. Caidin y Cloris se movían muy despacio. La cabeza de la muchacha estaba apoyada en el hombro de Caidin, de modo que parecía como si ella estuviese dormida.

La música se desvaneció con un suave acorde. Aumentó la intensidad de la luz.

Caidin sacudió a la muchacha.

—Despierte, Cloris.

Ella suspiró.

—Era una melodía tan dulce...

Caidin se apoderó de su mano y la condujo hasta la mesa que ocupaban. Ayudó a que se sentase y él lo hizo frente a Cloris.

—Ya tenía ganas de verla vestida como una mujer, y no como una amazona —dijo.

Cloris, halagada, sonrió.

—¿Verdad que soy bastante bonita? —dijo, con coquetería.

—No tiene paciencia para esperar a que se lo diga yo, ¿verdad?

—Llegué a pensar que no tenía ojos en la cara. Barry.

—De la forma en que está vestida, tengo los ojos de una mosca: lo ven todo, con sus miles de pupilas facetadas.

—Me siento estremecida de horror al oír una cosa semejante. Sin duda, ha estado estudiándome a fondo.

Caidin la contempló unos instantes. Cloris vestía un sencillo traje azul claro, sujeto por dos hilos a los hombros y casi tan corto como el uniforme de juego de una tenista.

—¿Acaso no se estima digna de estudio? —contestó.

—Pero no soy un bicho de museo —rió ella.

—Al contrario, está llena de vitalidad. Y eso me gusta.

—Lo celebro, Caidin. Ahora voy a hacerle una pregunta clásica, pero indiscreta.

—Sí, Cloris.

—¿A cuántas les ha dicho lo mismo?

Caidin no pudo contestar. Alguien se había detenido de repente junto a la mesa.

—Si mis ojos no me engañan, estoy viendo a una hermosa joven llamada Cloris Jardmill —dijo el hombre.

Ella levantó la cabeza. Casi en el acto, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Señor Opperton!

Cloris titubeó un momento. Luego extendió la mano:

—Señor Opperton, le presento a un buen amigo, Barry Caidin —dijo—. Barry, éste es Hudmyers Opperton, alto directivo de la compañía para la cual trabajo.

—No demasiado, según veo —dijo el recién llegado fríamente.

—Ha trabajado demasiado —exclamó Caidin, con cierto retintín.

—Barry, por favor...

Opperton extendió una mano.

—No, no siga hablando, joven —cortó a Cloris—. Señorita, habrá de permitirme que le diga que su actuación, hasta el momento, no se puede calificar de afortunada.

—Usted se refiere, sin duda, a los brillantes de Grundig.

—Efectivamente.

—Señor Opperton, ¿cree que esos diamantes pueden encontrarse de la noche a la mañana?

—Cuando se trabaja con intensidad, la solución del caso llega mucho antes, señorita.

Caidin alzó la mano.

—Pido la palabra —exclamó.

Opperton le dirigió una mirada de falsa benevolencia.

—Concedida —respondió.

—Señor Opperton, es cierto que Cloris se divierte en estos momentos, pero, dígame, ¿qué está haciendo usted ahora?

—Barry, por favor —rogó la muchacha, colorada como una guinda.

—Señor Caidin, ¿conoce usted mi puesto en la Corkyman? —exclamó Opperton orgullosamente.

—Por supuesto. Y por lo mismo digo que dado su elevado cargo en esa compañía, debe dar ejemplo a sus empleados.

—Lo hago siempre, señor mío.

—Ya lo veo —sonrió Caidin—. Por eso está aquí, para dar ejemplo. Los altos ejecutivos deben ser siempre espejo donde se miren los empleados de rango inferior. Por eso, como usted vino a divertirse a esta sala de fiestas, la señorita Jardimill vino a divertirse también, ya que empleó un argumento tan sensato como rebosante de lógica: «Si es bueno para mi jefe, también lo será para mí». ¿Está claro?

Opperton tenía el rostro como la cáscara de una langosta cocida. Abrió y cerró varias veces las manos y acabó diciendo:

—Habaremos en mejor lugar y ocasión más conveniente, señorita Jardimill.

—Yes, sir —contestó ella con el rígido acento de un sargento de *marines* al recibir la orden de su oficial.

—A vótres ordres, mon colonel —añadió Caidin, no menos burlonamente.

Opperton se alejó bufando, perseguido por las alegres carcajadas de los dos jóvenes. Pero, de pronto, Cloris se puso seria.

—Ahora me despedirá —dijo.

—Eso no debe preocuparla, muchacha. Creo haber mencionado la posibilidad de ofrecerle un empleo en mi oficina, en donde, por supuesto, el jefe no la reprochará que salga una noche a divertirse, una vez terminado el trabajo.

Ella le dirigió una mirada de simpatía.

—Tendré que pensármelo, Barry —contestó.

—Muy bien, pero, mientras se lo piensa, ¿por qué no bailamos de nuevo?

—Se acepta la proposición —exclamó Cloris alegremente.

Los dedos de Caidin tabaleaban suavemente sobre la mesita, mientras, sentado frente a la salida al balcón de su cuarto en el hotel, contemplaba la luna en el mar. Abajo se oyeron unas risas femeninas, que se alejaron poco a poco. Caidin reflexionaba profundamente.

Le parecía que estaba en el fondo de un pozo oscuro, en donde no había la menor luz. Pero, por alguna parte, lo presentía, surgiría un momento u otro el chispazo que iluminaría todo con radiante resplandor.

Lo malo era, se dijo, que había que provocar el chispazo. Y no

sabía cómo.

Miró el reloj. Eran las tres de la mañana. Empezaba a sentir sueño.

Estaba sentado de espaldas a la puerta. De pronto, le pareció sentir un ruidito extraño, muy leve, imposible de oír caso de haber estado dormido.

Inmediatamente, se dejó caer al suelo hacia su izquierda, en silencio. Volvió la cabeza y vio que entraba en la habitación un rayo de luz, procedente del pasillo.

Contuvo la respiración, pero, al mismo tiempo, abrió mucho los ojos y la boca, procurando adoptar una mueca grotesca. Su pierna derecha había quedado bajo la otra, de una forma muy poco natural.

El hombre entró y cerró la puerta. Encendió una linterna y entonces fue cuando vio el cuerpo caído en el suelo.

—Diablos —masculló.

Vaciló un momento. Luego, paso a paso, se acercó hacia el supuesto cadáver.

Le pondría una mano en el pecho. O le tomaría el pulso, calculó Caidin. Entonces se descubriría la superchería.

Y usaría el afilado cuchillo que tenía en la mano, una navaja de resorte, con hoja de quince centímetros de larga, tan afilada como un estilete. Por supuesto, no pensaba permitirlo.

El hombre se acercó un poco más.

Entonces, disparó su mano derecha y atenazó la muñeca armada. La sorpresa del intruso fue absoluta.

Pero duró un segundo. Casi en el acto, reaccionó y quiso golpear a Caidin en la cabeza, con la linterna que sostenía en la mano izquierda.

Los pies de Caidin se dispararon simultáneamente, con tremenda potencia. Un cuerpo humano resultó lanzado a lo alto y luego cayó al suelo, con sordo impacto.

Caidin se arrojó sobre el otro. Era un hombre fuerte, de gran resistencia a los golpes y ya se levantaba.

La rodilla de Caidin golpeó malignamente un pómulo. Se oyó una maldición. De pronto, Caidin sintió que unos dedos de hierros se le clavaban en la pantorrilla derecha.

Le pareció que la carne era atravesada por cinco barras de hierro

al rojo vivo. La pierna le flaqueó y cayó de espaldas.

El otro se incorporó de un salto y se arrojó sobre él, cargando con todo el peso de su cuerpo. Durante una fracción de segundo, Caidin percibió el venenoso centelleo de la navaja.

Desesperadamente, se echó a un lado. La punta del acero se clavó en la madera del entarimado. Sonó una maldición.

Caidin metió el pulgar en una garganta. Se oyó un sonido gutural.

Insistió. Luego pegó un terrible tirón a una oreja.

El dolor se hizo insufrible para su atacante, quien rodó por el suelo, soltándole momentáneamente. Caidin se puso en pie de un salto.

La pistola estaba bajo la almohada. Lo mejor sería usarla para amenazar al sujeto.

Cuando ya llegaba a la cama, oyó ruido tras él. Giró en redondo.

—Un tipo obstinado —dijo, alargando la mano para parar un nuevo golpe con la navaja.

Agarró la muñeca de su adversario. Durante unos instantes, los dos hombres forcejearon, en silencio, jadeantes, sudorosos, los rostros separados por unos pocos centímetros tan solo.

De repente, Caidin hizo un brusco movimiento y retorció de golpe la muñeca del atacante. Éste cargaba a la vez en sentido contrario, con lo que facilitó la penetración de la navaja en su pecho.

Caidin vio a menos de un palmo el agónico volteo de unos ojos, en los que ya se reflejaba la muerte. Con la mano, Caidin le tapó la boca, a fin de evitar un grito inoportuno.

El hombre empezó a arrodillarse. Sus hombros se agitaban convulsivamente. Caidin le ayudó a tenderse en el suelo.

—¿Quién? —preguntó escuetamente.

Pero el otro ya no estaba en condiciones de responderle. Caidin maldijo entre dientes.

—Menudo compromiso —masculó.

Estaba en su habitación, con un cadáver al lado y sin saber qué hacer. La policía francesa le abrumaría a preguntas, si encontraban el cuerpo a su lado.

De repente, se le ocurrió una idea.

Por la tarde, al subir, había visto a una camarera llevar las ropas

de uno de los cuartos a un montacargas situado al extremo del corredor. Por este medio, se enviaba la ropa a la propia lavandería del hotel.

Corrió hacia la puerta y la abrió. El pasillo estaba desierto y a oscuras. En puntillas, se acercó al montar cargas y levantó la compuerta, dejándolo en disposición de recibir el cadáver.

Momentos después, el muerto emprendía un viaje no previsto hacia los sótanos del hotel. Caidin se imaginó la sorpresa que recibirían a la mañana siguiente las mujeres de la lavandería. Habría gritos y chillidos y...

Era mejor olvidarlo.

—Una cosa es segura, Cloris —dijo Caidin a la mañana siguiente, mientras tomaban el aperitivo en la terraza de un caté, en el Paseo de los Ingleses.

Ella sostenía en la mano su vaso mediado.

—¿Sí, Barry?

—Grundig no es.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. ¿Qué sentido tendría hacerme venir a través del Atlántico sólo para ordenar después mi muerte?

—No parece congruente, en efecto. Pero usted no menciona los dos atentados de que yo fui objeto.

—Eso es verdad —convino él—. Tampoco fue Grundig.

—¿En qué se basa para afirmarlo?

Caidin se encogió de hombros.

—Podría decirle que se trata de un presentimiento —contestó—. Por supuesto, me siento inclinado a admitir que Grundig guarda los diamantes, pero no ha ordenado que nos asesinen.

—A usted, quizá no. En cuanto a mí, permítame que lo dude.

—Tampoco, Cloris. Si usted, lo que Dios no quiera, llegase a morir, la compañía enviaría a otro investigador. Matarla a usted sólo para que no investigue qué ha sido de los diamantes, no tendría el menor sentido.

—Otro seguiría el caso, en efecto —admitió ella, pensativa—. ¿Qué sabe del hombre que quiso asesinarlo?

—Se ha organizado un alboroto mayúsculo esta mañana, cuando descubrieron su cuerpo en el montacargas. Supongo que la policía estará loca buscando al asesino, pero, hasta ahora, no me han

molestado.

—¿Opina que pudo ser cosa de Havrane?

Caidin hizo un gesto con las manos.

—En este asunto, todos son sospechosos, Cloris.

CAPÍTULO X

El automóvil se detuvo ante la puerta de hierro. Caidin se apeó y tocó el timbre.

A los pocos instantes, se dio cuenta de que la cámara de televisión estaba en funcionamiento. La antipática voz de Havrane sonó casi en el acto.

—¿Qué quiere, Caidin?

—Hablar con usted. La señorita Jardimill viene también conmigo.

—Les esperaba anoche, como convinimos. ¿Qué les pasó?

—Teníamos ganas de divertirnos.

Se oyó un gruñido de cólera. Cloris soltó una risita.

Reeker abrió a los pocos momentos.

—Entren, el patrón les espera —rezongó.

—¿Ha descansado bien, muchacho? —preguntó Caidin con toda cortesía.

El otro contestó con un bufido. Caidin y Cloris avanzaron a lo largo del sendero central, hasta llegar a la casa.

Havrane les esperaba en la sala, con semblante poco acogedor.

—Me siento pasmado por el cinismo de ustedes —exclamó—. Quedamos en que vendrían a vernos por vigilar mi casa por las noches y, en lugar de ello, se van a divertirse, bailando como unos jovencitos irresponsables y carentes de...

—¿Quién le ha dicho que estuvimos bailando? —le interrumpió Caidin.

Havrane se sofocó.

—Bueno, yo...

—Hay muchos medios de diversión, para una pareja —continuó el joven—. ¿Acaso estuvo usted en Bramyl's?

—No. Me lo ha dicho un buen amigo.

—Félix Havrane, usted mismo.

—Yo no estuve allí...

—Bueno, eso no me interesa, no me importa en absoluto quién le dijo que Cloris y yo habíamos ido a bailar, a Bramyl's. Lo que me gustaría es saber si conoce usted a un tipo llamado Theo Corsini.

—No le he visto en los días de mi vida.

—Pero ha podido oír su nombre —intervino Cloris.

—Tampoco. ¿Quién es ese tipo?

Caidin vio sobre una mesita una botella, vasos y un recipiente con hielo. Con las pinzas, puso dos cubitos de hielo en un vaso y luego, añadió una generosa dosis de *whisky*.

—Anoche intentó asesinarme —dijo—. Si se hubiera estado quieto en casita, todavía estaría vivo.

La noche había cerrado ya. Caidin regresó a la casa, después de una satisfactoria vuelta de inspección por el jardín.

Havrane estaba sentado en un sillón, con el semblante hosco. Cloris se hallaba en el lado opuesto de la sala, con las manos sobre el bolso, situado sobre su regazo. Dentro del bolso había un revólver.

—Reeker —masculló Havrane al cabo.

—Es curioso. Nosotros no le vimos.

—Reeker es menos tonto de lo que ustedes piensan. Yo les esperaba al atardecer, como hoy. Como no venían, le envié a buscarles. Él vio que entraban en el Bramyl's. No está muy lejos de su hotel, eso es todo.

—Ya entiendo. ¿Sigue opinando que Grundig tiene los diamantes?

—Nadie me arrancará esa idea de la cabeza —contestó Havrane hoscamente.

—¿Qué explicación le daría usted al asesinato de Monika Rohe?

—Muy sencillo. Grundig nos teme. Quiere adelantarse a nosotros.

—El que da primero, da dos veces, ¿eh? —dijo Cloris sarcásticamente.

—Exacto. Hace años nos jugó una mala pasada. Sabe que tenemos ganas de desquitarnos.

—¿Usted también? —preguntó Caidin.

Havrane remoloneó un poco.

—Me emborracharé el día en que conozca la muerte de ese

caimán —respondió—. Pero, con sinceridad, no soy hombre capaz de planear un asesinato y menos cometerlo por mí mismo.

El ruido de un motor se oyó en aquel momento en el parque.

—¿Qué es eso? —preguntó Cloris.

—La cocinera y la sirvienta —explicó Havrane—. Se van todos los días a esta hora. No pernoctan aquí.

—Entonces, aparte de usted y sus guardianes y de nosotros dos, no hay nadie más en la casa.

—No, señor. Si durante la noche sienten apetito, el frigorífico está bien provisto. También hay bebidas... sobre todo, café —añadió Havrane intencionadamente.

Y se puso en pie.

—Buenas noches —se despidió con sobriedad.

—No es muy amable, ¿verdad? —dijo Cloris cuando se hubieron quedado solos.

—Tiene miedo —respondió Caidin.

—Está mucho mejor protegido que la Rohe —alegó ella.

Caidin hizo un gesto de duda.

—Sólo espero que venga alguien —dijo—. Si consigo atraparle, hablará.

—¿Por la tortura?

—No sea anticuada. Havrane tiene dinero. Menos que Grundig, por supuesto, pero sí el suficiente para hacer flaquear la conciencia de un asesino pagado.

—Creo que entiendo —Cloris se puso en pie—. ¿Le parece bien que prepare café?

—Me parece una idea estupenda —aprobó él.

De cuando en cuando, Caidin salía al jardín, y recorría las inmediaciones de la tapia, deteniéndose frecuentemente para escuchar. Todo parecía en orden, no se advertía el menor síntoma de perturbación de la tranquilidad que reinaba en la casa.

Pasadas las tres de la madrugada, Caidin entró en la casa de nuevo. Cloris estaba sentada, leyendo una revista.

—Todo normal —dijo él.

—¿Quieres más café?

Caidin hizo un gesto negativo, a la vez que encendía un cigarrillo. Apenas había aspirado la primera bocanada de humo, se oyó en el piso superior un horrible alarido.

Cloris se puso en pie de un salto y miró instintivamente hacia arriba. Caidin, más práctico, giró sobre sus talones y arrancó hacia la salida.

Subió los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, seguido de la muchacha. Al llegar al dormitorio de Havrane, se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave por dentro.

Ello no le arredró. Retrocedió un par de pasos y cargó con el hombro. Se oyó un estallido y la cerradura cedió.

La luz estaba apagada. Caidin la encendió.

Detrás de él, Cloris lanzó un gemido de horror. Caidin sintió un extraño nudo en la garganta.

Havrane yacía en el lecho, con la cara deformada por el pánico y el dolor de sus últimos instantes. Del centro de su pecho sobresalía la mitad de uno de los proyectiles que ambos conocían tan bien.

—Pero... ¿cómo? —dijo Cloris—. Nadie ha podido entrar aquí... La ventana está cerrada...

Caidin reparó entonces en la puerta del cuarto de baño contiguo, que aparecía entreabierta. Corrió hacia allí, pistola en mano, y se asomó con grandes precauciones.

El baño estaba desierto. Había, sin embargo, una ventana de las dimensiones suficientes para dar paso a una persona y sí se veía abierta.

Caidin se asomó a la ventana. Debajo había una pequeña cornisa. A la derecha, a tres o cuatro metros, divisó una ventana similar.

Cloris se acercó y se asomó también.

—La cornisa es demasiado estrecha. Un hombre no puede mantener el equilibrio en esas condiciones —dijo.

Caidin no contestó, giró sobre sus talones y corrió a la otra habitación, seguido siempre por la muchacha.

En el suelo encontró una gruesa cuerda, de tres o cuatro metros de largo, con sendos ganchos forrados de goma en sus extremos. Era evidente que el asesino la había abandonado en sus prisas por escapar.

—Un gancho en cada ventana y es suficiente para que un hombre pueda moverse a lo largo de la cornisa, agarrado a la cuerda —explicó.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Caidin no quiso seguir

mirando y volvió a la habitación donde yacía el cadáver.

Las ropas de Havrane estaban sobre una silla. Caidin las registró minuciosamente. De pronto, Cloris le vio sacar un objeto brillante.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Caidin extendió la mano abierta. Cloris pudo ver parte de una moneda de plata. Era un fragmento de forma peculiar.

—Eso parece...

—La cuarta parte de un dólar —confirmó él—. Monika tenía otro fragmento igual.

—Eso no lo sabía yo.

—Lo encontré en una de las tiras del sujetador del bikini, después de que hubo muerto —explicó Caidin—. Lo noté al tacto y lo saqué con ayuda de una cuchilla. Usted había ido en la motora a Vai.

—A lo que parece, eso es una contraseña.

—Sí, y por lo que puedo deducir, ninguno de los implicados en este caso, abandona su cuarto de moneda para nada.

—¿Es la clave para abrir algo?

Caidin vaciló.

Abajo se oyó un sonido extraño.

—Parece la portezuela de un automóvil —murmuró él.

Cloris corrió hacia la ventana.

—Es un coche y rueda hacia abajo —dijo.

Caidin se lanzó hacia la escalera. Llegó a la puerta y le extrañó ver al automóvil que se movía sin el menor ruido.

Entonces comprendió que el conductor lo dejaba deslizar por la pendiente, a fin de evitar el ruido que inevitablemente haría el motor en el momento del arranque. Al fondo divisó a un hombre que abría el pesado portón de hierro.

—¡Son ellos, Reeker y Willy! —exclamó Cloris.

En aquel momento, el que había abierto la puerta del jardín y al que no podían identificar, dada la distancia, entraba en el coche. Su compañero hizo girar la llave de contacto para arrancar el motor.

Un terrible fogonazo barrió las tinieblas durante unos instantes. Luego llegó el trueno de la explosión, haciendo volar en pedazos la mayoría de los cristales de la fachada.

El coche quedó envuelto en llamas casi instantáneamente. Cuando se recuperó de la espantosa sorpresa, Caidin comprendió

que ya no se podía hacer nada por salvar las vidas de aquellos dos desdichados.

—Así les han pagado su traición —murmuró Cloris.

—Yo diría más bien que el que les hizo ser traidores a su patrón, ha procurado que no le traicionaran a él algún día —contestó Caidin.

Estaban en el comedor del hotel, cuando, de pronto, se les acercó Opperton.

—Señorita Jardimill...

Cloris levantó la cabeza. Caidin se mantuvo impassible.

—Usted dirá, señor Opperton —contestó ella.

—Creo que el otro día me porté incorrectamente con usted. He estado reflexionando sobre el asunto y he llegado a la conclusión de que debo presentarle mis excusas.

—No tiene importancia —sonrió la muchacha—. Yo ya lo había olvidado.

—Sí, porque pensaba que había sido despedida de la Corkyman —dijo Caidin sarcásticamente.

—Nadie mencionó jamás esa posibilidad —contestó Opperton con acento lleno de altanería—. En fin, ahora está comiendo y no quiero seguir molestándola más, señorita Jardimill. Le agradeceré venga a visitarme esta tarde a las cinco. Yo también me hospedo en este hotel.

—¿Puedo saber de qué se trata? —preguntó Cloris.

—Se lo diré en privado. —Fue la escueta respuesta de Opperton. Dirigió a Caidin una fría inclinación de cabeza y se fue.

—Ha tenido usted suerte, Cloris; sigue conservando el puesto —sonrió el joven.

—Modestia aparte, no soy tan mala en mi oficio. —Le contestó ella.

CAPÍTULO XI

Caidin agitó el cubilete con los dados, y lo volcó sobre el mostrador, pero no lo levantó. Sonriente, miró a la hermosa *barmaid* que le atendía y dijo:

—Le apuesto la consumición a que hay un mínimo de tres ases.

Ella se acodó en la barra, mostrando deliberante un desbordante panorama de carne blanca y perfumada.

—¿Y si pierde? —preguntó.

—Le dejaré que usted misma fije el importe de mi pérdida.

—Lo que vale el *whisky* que le he servido.

—Mucho más. Pagar la bebida no tendría la menor importancia.

—Entonces, ¿qué pagaría usted?

—Yo mismo. Si pierdo, me ofreceré a mí mismo como importe de la apuesta.

—¿Y qué hago yo con usted? —preguntó la chica.

—¿Es que no sabría usted qué hacer con un hombre joven y apuesto?

Ella soltó una risita.

—¿Y si salen los tres ases?

—Entonces, yo bebo gratis. Usted sólo perdería el precio de un doble de *scotch*.

—¿Sabe?, empiece a interesarme el juego. Levante el cubilete, por favor —pidió la *barmaid*.

Una mano se posó de pronto sobre la de Caidin.

—No es necesario que sigan el juego —dijo Cloris.

La *barmaid* se irguió.

—¿Desea algo de beber, señorita? —preguntó con voz profesional.

—Nada, gracias. Oiga, al otro lado de la barra tiene a un cliente sediento. Atiéndalo —indicó Cloris secamente.

Caidin hizo un gesto de resignación. La chica de la barra levantó

la barbilla y se fue.

—Tipo fresco —dijo Cloris de mal humor.

—Estaba entreteniéndome. ¿Qué quería? ¿Verme acaso en el salón de lectura, con el *National Geographic Magazine* en las manos?

—No, claro, pero se comía a esa descarada con los ojos...

—Es muy guapa, Cloris, y yo no soy de hielo.

—Está bien, dejemos el tema. Ya he hablado con Opperton.

—¿Y bien?

—Me envía a Roma. Ha desaparecido un collar de esmeraldas. Estaba asegurado por nuestra compañía.

Caidin sacó cigarrillos.

—¿Piensa ir? —preguntó.

—No logro resolver mis propias dudas —contestó ella.

—Muy bien. Haga lo que quiera. En cuanto a mí, ya lo sabe: salgo mañana para Londres.

Cloris se mordió los labios.

—Me gustaría ir con usted —murmuró.

Caidin levantó el cubilete. Había dos ases, una reina y dos dieces.

—Lástima, había perdido —dijo.

—¿Apostó algo? —preguntó ella, curiosa.

—Sí, a mí mismo —Caidin sonrió—. Ya nos veremos, Cloris; es decir, si no se marcha a Roma.

—Me gustaría creerle cuando dice que va a Londres. Una vez dijo que se iba a Madrid y aterrizó en Creta.

—Entonces no la conocía tanto como ahora; simplemente, quería despiarla. Pero ahora soy sincero. Voy a Londres.

Caidin puso un billete de cinco francos sobre el mostrador.

—Adiós, Cloris —se despidió.

Ella quedó junto a la barra, pensativa y confundida. Todavía no había tomado una decisión y se sentía irresoluta acerca de lo que debía hacer.

Caidin entró en el ascensor, que le condujo a su habitación. Abrió la puerta y, apenas había dado dos pasos, sintió un terrible golpe en la cabeza, que le hizo perder el conocimiento instantáneamente.

Se tanteó el chichón de la nuca. Todavía le dolía, después de casi catorce horas de recibido el golpe.

Los altavoces llamaron a los pasajeros. Caidin avanzó hacia la puerta indicada.

Una joven, elegantemente vestida y con grandes gafas oscuras, le miró sonriente.

—A usted le conozco yo, caballero —dijo.

—Así es, señorita —contestó él—. Ayer «no» estuvimos tomando una copa juntos.

—Usted sí bebía...

—Pero usted no —sonrió Caidin—. Oiga, éste no es el avión para Roma.

—Lo sé.

—Entonces, va a Londres.

—Sí.

—La despedirán.

—Correré el riesgo.

—Qué chica tan valiente —murmuró él, mientras la cinta deslizante les llevaba hasta la puerta de acceso al aeropuerto—. Opperton se pondrá frenético cuando sepa que ha desobedecido sus órdenes.

—Si resuelvo el caso de los diamantes de Grundig, las esmeraldas pasarán a un segundo plano. Son cinco millones de dólares contra cuatrocientos mil.

—Buena diferencia, Cloris.

—Además, he telegrafiado a un colega en Roma. Él se encargará del caso.

—Una excelente precaución —aprobó él—. En cambio, yo no supe tomarlas ayer por la tarde.

—¿Cómo?

—Me hubiera convenido mucho más quedarme en el bar con usted.

—Gracias por la frase. Pero convenir no significa lo mismo que agradar.

—Lo sé. A pesar de todo, insisto en la palabra: convenido, más que agradado.

—Pero, bueno, ¿se puede saber por qué lo dice?

Caidin volvió a tocarse la nuca.

—Ayer, después de dejarla, subí a mi habitación —explicó—. Había un tipo escondido, que me atacó por detrás, dejándome sin

sentido.

—¡Oh! —dijo ella, muy sorprendida.

—La hora, calculo, no era muy propicia para un asesinato, por eso estoy vivo. Pero sí consiguió lo que buscaba.

—¿Qué buscaba, Barry?

—Dos cuartos de una moneda, que yo llevaba encima y que pertenecieron a dos personas asesinadas: Mónica Rohe y Félix Havrane.

—Teniendo dinero, no comprendo cómo hay gente que puede vivir en un país donde llueve y hay niebla la mayor parte del año —dijo Cloris, mientras el coche rodaba a buena velocidad, conducido por Caidin.

Las raquetas del limpiaparabrisas se movían con monótono ritmo. La lluvia caía mansamente, con cierta intensidad. Había nubes bajas, que parecían pegarse a las copas de los árboles que bordeaban el camino.

—Cuando hace sol, la campiña británica es encantadora —alegó él.

—Sí, pero ¿cuántos días de sol hay al año?

—Bueno, mujer, no se enfade; cada cual tiene sus gustos. Mire, a mí me agradaría ahora pasear por el campo, bien abrigado y calzado, por supuesto; sentir en la cara el frescor de la lluvia y respirar el aire que huele a sana humedad...

—Con un *pointer* trotando al lado, ¿verdad? Luego regresaría a casa, se quitaría el sombrero, el impermeable y los chancles y esperaría a que su mujercita le trajese las zapatillas. Después, se sentaría frente a la chimenea, con un buen vaso de *whisky* en una mano y la pipa entre los dientes. Alternaría los tragos con las chupadas a la pipa y, tal vez, se entretendría en leer las cotizaciones de Bolsa en el *Financial Times*. ¡Burgués!

Caidin se echó a reír.

—Cloris, no le dé vueltas: en este mundo, todos luchamos por la tranquilidad propia, de un modo u otro. Unos lo ven de distinta manera que otros, eso es todo —dijo.

—¡Bah, filosofía barata! —exclamó ella despectivamente.

—De todas formas, le relevo del compromiso de traerme las zapatillas.

—Oiga, pero es que cree que yo...

—No siga hablando; ahí está la casa de Jules Coulaye.

El edificio se apareció de pronto, envuelto en la neblina, con el tejado brillante a causa de la lluvia que caía. El humo salía perezosamente por la chimenea.

Caidin observó que la residencia de Coulaye no estaba protegida por vallas ni tapias: sólo un modesto seto circundaba el jardín, pero sin puerta que cerrase el paso a los intrusos. Detuvo el coche y, en el mismo momento, se abrió la puerta de la casa.

Un individuo alto, calvo y con abundantes patillas, apareció en el umbral. Caidin se dirigió a él, tras apearse.

—Deseamos hablar con el señor Coulaye —dijo—. Ella es la señorita Jardmill; yo me llamo Caidin.

—El señor Coulaye tiene una visita muy importante en estos momentos —contestó el mayordomo—. Tendrán que esperar.

—No importa. ¿Vamos, Cloris?

—Pasen a la sala, por favor; estarán más confortables —dijo.

Abrió la puerta y se echó a un lado. Cloris entró la primera, seguida de su acompañante.

Se oyó un gruñido. Un enorme perro, blanco y negro, se levantó de la alfombra de pieles en que estaba acostado y se acercó a ellos con paso lento, meneando la cola suavemente.

Los troncos ardían en la chimenea. El ambiente era muy grato.

Cloris acarició la cabeza del perro. Luego se volvió y miró a Caidin maliciosamente.

—Diríase que adiviné lo que íbamos a encontrar —sonrió.

—Estamos en Inglaterra y en la residencia de un *gentleman-farmer*, no lo olvide usted —contestó él.

—Pero el apellido... parece francés...

—Eso carece de importancia.

Entraron en la casa. El mayordomo se hizo cargo del sombrero de Caidin y de los dos impermeables.

La lluvia seguía cayendo mansamente, sin ruido. Callaron unos momentos.

Una puerta se abrió de pronto y dos hombres entraron en la sala.

—Nos veremos mañana, James —dijo el dueño de la casa.

Caidin se volvió al escuchar aquellas palabras.

—Creo que al señor Norton le conviene también oír lo que la señorita Jardmill y yo tenemos que decirle, señor Coulaye —

exclamó.

CAPÍTULO XII

Los dos hombres se pararon en el acto, sorprendidos por las declaraciones de Caidin. Norton, bajo, robusto, de mandíbula agresiva, miró recelosamente a la pareja.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Caidin, detective privado. Ella es Cloris Jardimill, investigadora de la compañía de seguros Corkyman.

—Nunca he oído hablar de esa compañía ni tengo nada que ver con ella —contestó Coulaye con acento orgulloso.

Caidin lo miró unos instantes. Coulaye era alto, delgado, de cuerpo fino, pero, estimó, nada débil. Físicamente, resultaba la antítesis de su acompañante.

—Mi compañía aseguró catorce diamantes valorados en dos millones de libras esterlinas —dijo Cloris.

—Y fueron robados de la residencia de su propietario, Wilhelm Grundig, después de una matanza que costó la vida a trece personas.

—Monika Robe y Félix Havrane han muerto también.

¿Qué opinan ustedes sobre el particular?

—Señor Norton, usted ha abandonado el agradable clima de Río de Janeiro para venir corriendo a las inmediaciones de Londres. ¿Cuál es el motivo de un viaje tan precipitado?

Coulaye se irguió.

—¿Tienen ustedes alguna autoridad legal para formularnos esas preguntas? —exclamó.

—Nosotros, quizá no, pero Scotland Yard, sí —amenazó Caidin. Norton levantó una mano.

—Estamos enterados de todo —dijo—. Jules, sería inútil negarlo.

Coulaye asintió.

—Es cierto —convino—. ¿Cuál es el papel de ustedes dos en este

desagradable asunto?

—Estoy encargado por el señor Grundig de recobrar los diamantes —repuso Caidin.

—Yo tengo una misión análoga, aunque por cuenta de mi compañía, claro —agregó la muchacha.

—Puedo asegurarle que no hemos sido nosotros —dijo Norton.

—Es un sucio truco de Grundig. Siempre fue un traidor —masculló Coulaye.

—No volverá a engañarnos por segunda vez, créannos.

—¿Puedo hacerles una pregunta, caballeros? —consultó Caidin.

—Adelante —dijo Norton.

—¿Qué significan los cuartos de una moneda de plata? Cada uno de ustedes debe de tener un fragmento de dicha moneda. Monika y Havrane los tenían; lo sé sin lugar a dudas.

Norton y Coulaye cambiaron una mirada. El primero, tras breve vacilación, respondió:

—Era una contraseña privada.

—¿Sólo para los cuatro? —preguntó Caidin.

—Sí.

—¿Con exclusión de Grundig?

—Sí.

—Desearía ver los dos trozos de moneda en poder de ustedes —pidió el joven.

Norton y Coulaye accedieron en el acto. Caidin los contempló unos instantes y luego los devolvió a sus dueños.

—Voy a darles un consejo: guárdenlos donde nadie pueda encontrarlos, caballeros.

—No sé qué interés puedan tener estos dos trozos de moneda para personas ajenas a este asunto —dijo Coulaye.

—Algún interés tendrán, de lo contrario, Monika y Havrane no habrían sido asesinados. Y ustedes corren también ese riesgo.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Coulaye se acercó a la mesita del servicio de licores y llenó una copa.

—Ese condenado Grundig... —masculló.

—¡No hables, Jules! —exclamó Norton.

—¿A qué temen, señores? —preguntó Cloris.

Coulaye despachó su copa de un trago. Luego se acercó a la pared en la que había el cordón de una campanilla.

—Diré a Hodkins que les acompañe hasta la puerta —habló secamente.

—Eso no resolverá su problema, amigo —dijo Caidin.

El dueño de la casa se encogió de hombros.

—Ya lo resolveremos nosotros, ¿no es verdad, James?

—Sí —contestó Norton.

La puerta de la sala se abrió. Hodkins apareció en el umbral.

—Acompañe al señor y a la señorita, Hodkins —indicó Coulaye.

El mayordomo se inclinó respetuosamente.

—Sí, señor.

Caidin dio unos pasos. De pronto, se volvió hacia el dueño de la casa.

—¿Qué es lo que abren esos cuatro cuartos de moneda? —preguntó.

La cara de Coulaye se puso roja.

—No sé de qué me está hablando —respondió secamente.

—Un dólar fue dividido en cuatro partes. O es una contraseña, o sirven para abrir algo, una caja donde se guardan cosas de mucho valor. Pero, en todo caso, hay alguien que posee ya dos cuartos de ese dólar y no vacilará en matar para conseguir los otros dos. Valdría la pena que fuesen pensando en ello, puesto que no quieren colaborar.

—Nuestros asuntos personales no les interesan a ustedes en absoluto —dijo Norton fríamente.

—Por supuesto. Ni yo ni la señorita Jardimill hemos de ser quienes paguemos los gastos del entierro de ustedes dos.

Caidin dejó que la muchacha pasara por delante de él. Oscurecía ya cuando llegaron al coche.

Ninguno de los dos habló hasta hallarse a unos metros de la casa. Entonces, Cloris, dijo:

—Barry, ¿sabe usted que me está pareciendo que tiene razón en el asunto de la moneda dividida en cuatro cuartos?

A ciento cincuenta metros de la casa, Caidin detuvo el coche bruscamente, dio marcha atrás y se salió del camino, pasando a un prado, entre unos matorrales de grandes dimensiones. Luego paró el motor y sacó cigarrillos.

—Los cuartos de dólar pueden ser una contraseña, en efecto. Por ejemplo, para recoger algo en poder de alguien, que sólo debe

entregarle al que enseñe su parte de moneda.

—Lo que significa que conoce previamente la contraseña.

—Justamente. Por medio de una fotografía o un dibujo que reproduzca exactamente cada fragmento de esa moneda. Pero yo me inclino más a pensar que se trata de una llave.

—¿Por qué, Barry?

—Es una suposición, claro, la cual, por el momento, no está apoyada en pruebas de ninguna clase, salvo cierta información, obtenida tiempo atrás y que espero confirmar. Pero he podido darme cuenta de un detalle muy peculiar, y no sólo ahora, sino cuando tuve en mi poder los otros dos cuartos de moneda, que por cierto no componían la mitad de dicha moneda, ya que había trozos que no encajaban.

Para partir el dólar de plata, se trazó, como para cualquier otro objeto circular, una línea recta, que pasaba justo por el centro, es decir, un diámetro. Pudo hacerse, seguramente, con una sierra muy fina. Ya tenemos la moneda dividida en dos mitades. Ahora hay que conseguir los cuatro cuartos. ¿Qué se hace entonces?

—Partir esas dos mitades en otros dos trozos —dijo Cloris.

—Exactamente. Pero estos dos cortes no fueron rectos, sino irregulares, aserrados sería la palabra exacta, si bien los dientes son muy pequeños, apenas perceptibles. No obstante, y sin necesidad de usar el tacto, se ve que esos cortes carecen de la rectitud del primero.

Entonces, cada cuarto de moneda tiene tres bordes: uno curvo, que corresponde al canto de la moneda, otro recto, el del primer corte, y otro aserrado, el del segundo corte. Éstos, repito, son irregulares, distinto cada uno a los otros, como los dientes de una llave de un tipo determinado, tienen un diseño distinto a los de tres llaves del mismo tipo. ¿Me va entendiendo, Cloris?

—Sí —dijo ella, con ojos muy brillantes—. Es decir, que en alguna parte hay una caja con cuatro cerraduras, que sólo se abrirán cuando se apoyen en ella las cuatro monedas, precisamente por el borde dentado.

—Justamente.

—¿Y cómo consiguieron hacer las cerraduras, Barry?

—Es bien sencillo: una vez se partió la moneda, tornaron sendos moldes de los lados irregulares. Probablemente, bastará una presión

para que funcione la cerradura, pero ha de ser empleando en cada una de ellas el trozo de moneda correspondiente y no otro.

—¿No están numerados esos trozos? Porque de otro modo, puede haber confusión...

—No es necesario, muchacha. Reúna usted los cuatro trozos, de modo que compongan la moneda de nuevo, y sitúela en posición normal, esto es, como si quisiera contemplarla. Hay cuatro cuartos o cuadrantes, el primero es el de una hipotética esfera de reloj, que va desde las doce a las tres, el segundo de las tres a las seis, el tercero de las seis a las nueve y el cuarto de las nueve a las doce. Ya tiene el orden en que se deben emplear los trozos de moneda para abrir esa misteriosa caja, cuyo contenido no es menos enigmático.

—Sí, así tiene que ser —concordó ella—. Barry, dígame, ¿cuáles eran los trozos que tenía usted?

—El uno y el tres. Coulaye y Norton tienen el dos y el cuatro. A Monika le pertenecía el número tres.

—El de la seis a las nueve —murmuró Cloris.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Cloris, exclamó:

—Barry, pero todavía no me ha dicho usted por qué nos hemos parado aquí.

—Simplemente, para esperar.

—Esperar, ¿a qué o a quién?

Caidin hizo un gesto ambiguo.

—Eso es lo que no sé, pero sí puedo decirle que no conviene que nos alejemos mucho de casa de Coulaye —respondió.

CAPÍTULO XIII

Un coche pasó de pronto a gran velocidad, por delante de la pareja. Las gotas de lluvia chispearon unos momentos al ser heridas por el resplandor de los faros del vehículo. Luego sólo se vieron las luces rojas de cola, que se empequeñecieron rápidamente, antes de desaparecer.

—Sigámosle, Barry —exclamó Cloris, muy excitada.

—Calma —dijo él—. Sólo es el mayordomo y no nos interesa. Coulaye y Norton continúan aún en la casa.

El tiempo transcurrió lentamente. De cuando en cuando, fumaban un cigarrillo. A Cloris le parecía que la humedad se le metía ya en los huesos.

A pesar de todo, empezó a dormirse. De pronto, sintió un cedazo en el costado.

—Despierte —murmuró Caidin.

—Eh... ¿Qué pasa?

—Alguien se dirige a la residencia de Coulaye. Nosotros iremos a pie.

Cloris saltó del coche y se subió maquinalmente el cuello del impermeable. Había dejado ya de llover, pero la tierra estaba empapada de humedad.

—¡Qué país! —se quejó—. Cuando sea millonaria, que no me busquen aquí por todo el oro del mundo.

—La buscarán en el empleo que yo le prometí —dijo él, con sorna.

—Aún no me han despedido de la Corkyman, Barry.

—Usted dimitirá.

—¿Para aceptar ese empleo? Ni lo sueña.

Caidin soltó una risita irónica. Ella se volvió a mirarle, sorprendida, pero había demasiada oscuridad y tropezó en un accidente del terreno. La mano de Caidin evitó que diera con sus

huesos en tierra.

—No me mire ahora —dijo él, de buen humor—. Tiempo le quedará para hacerlo.

—¿Piensa que yo soy la *barmaid* de Niza?

—No; es mucho más guapa. ¡Cuidado! —exclamó Caidin de pronto.

Ya habían llegado a la entrada al jardín de la casa de Coulaye. Parado en las inmediaciones, vieron un coche grande, de, color negro.

Caidin se acercó y puso la mano sobre la tapa del motor, encontrándola caliente todavía. Abrió la portezuela y buscó la palanca que permitía levantar dicha tapa.

Una vez conseguido, buscó a tientas los cables del distribuidor y los rompió de un fuerte tirón. Bajó la tapa de nuevo y se dirigió hacia la casa, seguido de la muchacha.

—Parece el coche que usaba el mayordomo —dijo Cloris.

—Lo es —confirmó él.

—En ese caso, ¿por qué no lo ha vuelto al garaje?

—Seguramente, no querrá perder tiempo si tiene que escapar, que será lo más seguro.

Cloris se estremeció al comprender el significado de aquellas palabras. Mientras, seguían andando hasta llegar a una de las ventanas que daban a la sala.

Había luz y se podía ver fácilmente el interior de la habitación. Coulaye y Norton estaban sentados en sendos sillones, cerca del fuego. El perro dormitaba apaciblemente.

—Antes, Norton dijo que se iba —musitó ella.

—Nuestra visita le habrá hecho cambiar de opinión —apuntó Caidin—. Y el tiempo, claro.

—Sí, es de perros. —Se estremeció Cloris, al sentir un fuerte escalofrío.

Contempló con envidia los troncos que ardían alegremente en la chimenea. Hubiera dado algo bueno por poder tenderse sobre una de aquellas pieles, cerca del fuego, con un mínimo de ropa sobre el cuerpo. Habría acariciado de tanto en tanto la cabeza del can y...

Coulaye se levantó de pronto y cruzó la sala para tirar de la campanilla. Luego volvió a su sillón.

Hodkins entró a los pocos instantes. Coulaye le preguntó algo y

el mayordomo asintió, saliendo de nuevo, para volver a poco con una botella y dos vasos en una bandeja.

Hodkins destapó la botella. De pronto, Caidin recordó un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces.

En la mesita con servicio de licores había una botella mediada de *whisky*. Ahora ya no estaba. El único *whisky* era el que contenía la botella que Hodkins estaba destapando.

Caidin golpeó el cristal con el codo, rompiéndolo en varios pedazos. El estrépito sobresaltó a los que se hallaban en la casa. El perro, por contra, apenas si levantó un poco el ojo izquierdo.

—¡No beban de ese *whisky*! —exclamó Caidin con voz tonante.

Terminó de abrir la ventana y pasó al interior de un salto. Cloris le siguió en el acto. Coulaye y Norton contemplaban a la pareja con aire de estupefacción.

—Pero ¿qué diablos...?

Caidin avanzó hacia la mesita y tomó uno de los vasos, ofreciéndolo al mayordomo.

—¡Beba! —ordenó.

Hodkins echó la cabeza hacia atrás. Norton frunció el ceño.

—¿Sospecha que ese licor está envenenado, señor Caidin? —preguntó.

—Antes había media botella —respondió el aludido—. Ahora no está.

—Es cierto —exclamó Coulaye—. Y nosotros no nos la hemos bebido...

—Hodkins salió a comprar otra botella. Hay una posada a tres kilómetros de esta casa. Pero ha tardado más de una hora en recorrer una distancia tan corta. ¿Por qué? —Se dirigió Caidin al mayordomo.

Norton tomó el otro vaso y lo olfateó. Luego lo alargó hacia Hodkins.

—Vamos, eche un traguito —invitó, sarcásticamente.

Hodkins estaba lívido. De pronto, Caidin se volvió hacia el dueño de la casa.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene usted empleado a este hombre, señor Coulaye? —inquirió.

—Apenas una semana. El anterior fue atropellado fortuitamente por un automóvil y tardará mucho tiempo en curar.

—Fortuitamente, ¿eh? —dijo Caidin con acento sarcástico.

Coulaye frunció el ceño.

—Pero vino recomendado por una agencia...

—Sería preciso comprobar la autenticidad de las referencias. ¿No es cierto, Hodkins?

—Pero, en todo caso, ¿por qué no nos ha envenenado antes? —intervino Norton.

—Vino aquí, hasta recibir órdenes, cosa que ha debido de suceder hace poco en la posada —opinó Caidin—. O quizá esperaba a tenerlos reunidos a los dos. Usted ha llegado hoy de Río de Janeiro, ¿no es así?

—Llegué ayer, pero hasta hoy no he venido a ver a Coulaye.

—Es lo mismo. Matarlos a los dos aquí, resulta más económico, en todos los sentidos, que hacerlo por separado. Sobre todo, si se emplea el veneno, medio muy discreto para que nadie se entere hasta mañana, por ejemplo. ¿Me equivoco, Hodkins?

Coulaye lanzó un rugido:

—¡Beba, maldita sea!

De repente, Hodkins pegó un manotazo al vaso que le tendía el dueño de la casa, haciéndolo saltar por los aires. Caidin se agachó, para evitar una rociada del *whisky*. Hodkins aprovechó para dar media vuelta y correr hacia la salida.

—¡Se escapa! —gritó Norton.

—No lo conseguirá —dijo el joven flemáticamente—. Enciendan las luces exteriores, por favor.

Coulaye se precipitó hacia el vestíbulo. Cuatro lámparas se encendieron de inmediato.

Hodkins había llegado ya al coche y forcejeaba con la llave de contacto. Caidin gritó:

—¡Es inútil: he roto los cables del distribuidor!

Hodkins lanzó una maldición y saltó fuera del coche, con una pistola en la mano. Hizo fuego una vez y la bala se estrelló contra el muro de piedra de la fachada.

—¡A cubierto! —chilló Norton.

Hodkins retrocedió, sin dejar de hacer fuego. Súbitamente, se puso rígido.

El arma se desprendió de su mano. Una horrible convulsión sacudió su cuerpo, un segundo antes de desplomarse de bruces al

suelo.

Instantes después, se oyó el rugido de un motor que arrancaba a toda velocidad. Las luces de un coche se entrevieron un tiempo brevísimo; luego, desaparecieron en la noche.

Caidin corrió hacia el caído y encendió una cerilla. Fue suficiente para ver el trozo de metal estriado que salía del centro de su espalda.

Permaneció unos momentos junto al cadáver de Hodkins. Luego, lentamente, regresó a la casa.

Coulaye y Norton le contemplaban ansiosamente. Cloris esperaba la reacción inmediata del joven.

De súbito, Caidin sacó su pistola y encañonó a los dos individuos:

—Ahora mismo me van a dar los trozos de la moneda que tienen en su poder o se los quitaré a sus cadáveres —exclamó, con acento que no admitía réplica.

—Tengo ya ganas de llegar al desenlace de este asunto —dijo Cloris.

—Estamos en el mismo caso, aunque puedo anticiparle que esa solución no está ya muy lejos.

—¿Usted cree?

Caidin sonrió, mientras levantaba su vaso, en el lujoso bar del hotel Westbury.

—Sí —contestó. Y añadió—: Chin, chin, guapa.

Los vasos chocaron. Cloris tomó un sorbo.

—Ha estado fuera casi todo el día —dijo—. ¿Qué ha hecho?

—Entre otras cosas, encargar dos pasajes de avión. Volvemos a Neuchatel.

—¿Otra vez?

—Allí está la solución, preciosa.

—Pero eso parece un círculo... vicioso, Barry.

—¿Y de dónde viene todo si no es del vicio, Cloris?

—Oiga, yo no veo aquí juego, ni drogas, ni trata de blancas...

—Me refiero al vicio de conseguir dinero por todos los medios.

—Oh, ya entiendo.

—Lo celebro —sonrió Caidin.

—De modo que yo he de ir con usted.

—Sí. Por dos razones.

—Oigámoslas, Barry.

—Primera, usted trabaja todavía para la Corkyman.

—Nadie me ha despedido, que yo sepa. Aunque cerca le anduvo.

—Segundo, sin abandonar su trabajo, se entrena para hacerlo conmigo, cuando termine este caso.

—Ah, de modo que sigue empeñada en darme ese empleo.

—Se lo concedí casi desde el primer momento.

—Pero yo podría negarme...

—No se negará, Cloris.

—¡Presumido!

—Ganará un buen sueldo.

—¿Más que en la Corkyman?

—Por supuesto.

—Pero aún no ha fijado una cifra...

—Ganará todo lo que gane yo.

Hubo un momento de silencio. Ella le miraba fijamente.

—Nunca me imaginé que me pidieran en matrimonio de una manera tan prosaica —dijo al cabo, con acento de queja.

—La forma importa poco, si el fondo es positivo. Yo no soy un fabricante de perfumes, que necesita vender sus productos mediante un envase atractivo.

—Vamos, lo toma o lo deja —se burló ella.

—No, usted lo toma. Y yo lo acepto, claro.

—De modo que el empleo consiste en...

—Ser mi esposa y colaboradora. Usted es lista, hábil e inteligente. Además de guapa, por supuesto.

—Sí, claro, ¿qué más puede pedir un hombre? —dijo Cloris sarcásticamente.

—Lo que yo le ofrezco no es ninguna fruslería y usted sabe que soy sincero. En cuanto a mis cualidades, nadie mejor que usted para describirlas. Si lo hiciera yo, me acusaría de inmodesto.

Cloris, sonrió.

—Eres un terrible inmodesto —aseguró—. Pero lo acepto.

Levantó su vaso otra vez.

—Chin, chin, Barry. —Brindó.

CAPÍTULO XIV

Caidin subió a su habitación después de cenar. Tendría que madrugar al día siguiente, a fin de tomar el avión de la Swiss Air, que les llevaría a Berna.

Entró en el cuarto. La luz se encendió de golpe.

—No se mueva, no vuelva la cabeza —dijo una voz a sus espaldas.

Caidin levantó las manos en alto.

—Deduzco que está apuntándome con una pistola, amigo —dijo.

—Así es, Caidin.

—Me extraña que no use la ballesta...

—Es un poco grande para llevar en sitios como éste.

—Claro. ¿Tiene silenciador su pistola?

—Sí, pero no pienso disparar, a menos que usted me obligue a ello. En ese caso, lo haré sin vacilar, créame.

—Muy bien. En tal caso, diga lo que desea y se lo daré.

—Dos cuartos de dólar. Usted los tiene.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¿Sus anteriores propietarios, naturalmente?

—¿Viven?

—Sí.

—Se ha cansado de matar gente, ¿eh?

—En esta ocasión, no lo creía necesario. Pero Monika y Havrane no querían ceder. Si ellos se hubieran negado, también estarían muertos.

—Ya entiendo. ¿Se llevó chasco al enterarse de que tengo yo esos dos cuartos de moneda?

—Un poco, no mucho. Luego reflexioné y lo encontré lógico.

—Muy bien. Le voy a dar esos trozos de moneda.

—No intente nada contra mí. Dispararé si lo hace, recuérdelo.

Caidin metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó los dos

fragmentos de moneda, entregándolos al otro por encima del hombro.

—No intente perseguirme —dijo el sujeto.

—Tengo mucho sueño —sonrió Caidin.

El individuo retrocedió hasta la puerta.

—Ah, se me olvidó. He cancelado sus pasajes para Berna —advirtió.

—Mala suerte —contestó Caidin, impasible—. Feliz vuelo.

La puerta se cerró. Caidin relajó sus músculos.

—Uf, creí que ese tipo iba a apretar el gatillo —murmuró.

Se acercó al teléfono interior y lo levantó.

—¿Conserjería? Envíen un doble de *whisky* a la doscientos doce. Sí, eso he dicho: doscientos doce. Ah, y por favor, póngame con la doscientos diez. Muchas gracias.

Esperó unos momentos. No tardó demasiado en oír la voz de Cloris.

—¡Barry! ¿Suced algo? —preguntó la muchacha.

—Suced que nos vamos inmediatamente para Heathrow —contestó él.

—¿Al aeropuerto?

—Sí, preciosa.

—Pero ¿no habíamos quedado...?

—Te lo explicaré por el camino. Anda, empieza a vestirme, si es que te habías quitado la ropa. Si puedes estar lista dentro de diez minutos, mejor que dentro de quince o más.

El coche se detuvo a prudencial distancia de la villa, fuertemente protegida. Caidin y Cloris conocían muy bien aquella tapia provista de agudos pinchos en el borde, que la hacían intraspasable por medios ordinarios.

—¿Llegaremos a tiempo? —dudó ella.

—Eso espero. El que me robó los dos cuartos de moneda, se preocupó de cancelar nuestro vuelo a Berna, pero no sabía que había otros aviones para Zúrich que salen mucho antes. O no supo calcularlo bien, tanto da.

—De todas formas, hemos perdido mucho tiempo en el viaje de Zúrich.

—No seas pesimista. Llegamos, más o menos, como si hubiésemos realizado el viaje en la forma programada. Bueno, creo

que es hora de iniciar el asalto a la fortaleza.

Cloris se apeó del coche que Caidin llevó al otro lado de la tapia, de modo que no fuera visto por quienes llegasen a la villa. Luego regresó junto a la muchacha, quien ya se había ocupado de llamar.

Una chica de robusto pecho, vestida con cazadora, y pantalones cortos, botas altas y metralleta al puño, abrió y les dirigió una mirada recelosa.

—Entren —dijo—. Cuidado con lo que hacen. Al patrón no le gustan los movimientos sospechosos.

—Sólo los que hace usted, cuando le baila la rumba en una sesión privada, ¿eh? —contestó Caidin mordazmente.

La chica se puso colorada como una guinda.

—¡Grosero! —le apostrofó.

—Pues, ¿qué se creía cuando la contrataron? Si no la ha llamado aún, ya la llamará algún día.

—No acudiré.

—Entonces, la despedirá. Yo tengo muy buenos motivos para saberlo —intervino Cloris.

La guardaespaldas volvió los ojos hacia la otra.

—¿Seguro? —preguntó.

—Todo depende de la moral de cada una —contestó Cloris—. ¿Son muchas ustedes?

—Tres. Estamos esperando cinco más.

—Hasta completar el número de las ocho, que fueron las que murieron aquí ametralladas —dijo Caidin—. Eso no le quitó el sueño a Grundig, puedo asegurárselo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Cloris.

—Lea Frobish...

—Hable con las otras dos compañeras, Lea —indicó Caidin—. El sueldo es bueno, pero si se va a acabar con una sarta de balas en el estómago, entonces ya no resulte tan productivo pertenecer a la guardia de *corps* de Grundig. ¿Vamos, Cloris?

—Sí, Barry.

Los dos jóvenes echaron a andar, dejando a la guardaespaldas confundida e irresoluta. Momentos después, Egmont les recibía en la entrada.

—Bienvenido, señor Caidin —saludó—. Señorita...

—Hola, Egmont —dijo el joven desenvueltamente—. ¿Dónde

está el jefe?

—En su dormitorio, señor.

—¿Cómo? ¿Todavía en la cama? ¡Qué hombre tan perezoso! Bien, no se moleste, Egmont; yo mismo iré a despertarle. Quédate aquí, Cloris, por favor.

—Sí, Barry.

Caidin cruzó la sala grande y abrió una puerta, al otro lado de la cual, se divisaba un dormitorio lujosamente decorado. Se acercó al ventanal y descorrió las cortinas.

Luego se acercó a la cama y arreó una tremenda palmada en las salientes posaderas del durmiente.

—¡Arriba, perezoso! —gritó.

Grundig dio un salto en la cama, a la vez que lanzaba una exclamación de sorpresa. Miró a Caidin con ojos desorbitados, mientras el recién llegado, sonriendo tranquilamente, iba a sentarse en un gran sillón, situado junto a una de las paredes.

—Hace un buen día, ¿verdad? —comentó Caidin jovialmente.

Grundig se pasó una mano por la cara.

—Maldita sea. —Gruñó—. ¿Qué hay de los diamantes?

—A eso he venido, precisamente, Guillermito.

La mano de Caidin tanteó el brazo derecho del sillón en que estaba sentado. De pronto, encontró un saliente apenas perceptible y presionó con la yema del índice, hundiéndolo a fondo.

Se oyó un leve chasquido. El sillón y el trozo de pared giraron en redondo y Caidin desapareció de la vista del asombrado dueño de la casa.

Grundig lanzó un juramento y saltó de la cama. Agarró una bata y se la puso, justo en el momento en que el trozo de pared y el sillón giraban de nuevo.

Caidin reapareció.

Sonreía satisfecho. Sobre sus rodillas sostenía un pesado cofre de hierro, de forma casi cúbica y de unos setenta centímetros de largo, por cincuenta de alto y ancho. La plancha parecía muy gruesa, y sólo un hombre de tan notable fuerza física como Caidin hubiera podido sostenerlo sin grandes dificultades.

—Estaban bien escondidos, ¿verdad? —dijo alegremente.

Haciendo un notable esfuerzo, Caidin se levantó y giró sobre sí mismo, para colocar el cofre sobre el sillón. Grundig corrió hacia él,

pero Caidin levantó una mano.

—No se moleste en hacer funcionar el mecanismo de giro; lo he inutilizado —dijo.

—Oiga, yo le contraté para...

—Para encontrar los diamantes. Bien, aquí están. ¿No era eso lo que quería?

Grundig se mordió los labios.

—Cometí un error al llamarle —murmuró.

—Evidentemente —concordó el joven—. Pero el error no consistió tanto en llamarme, como en ignorar que yo conocía a Monika Rohe...

—¡Eso ya lo sabía! Y si no, ¿por qué cree que le llamé...?

—Yo me refería a otra clase de conocimiento. Hace años, después de que realicé una misión para ella, nos hicimos muy amigos. Puede decirse que ella no tenía secretos para mí.

La cara de Grundig se crispó.

—Creo que entiendo —dijo.

—Hablamos mucho en su retiro de Creta —siguió Caidin—. Me dio detalles realmente interesantes. Entre ellos, el escondite secreto y la caja que sólo se puede abrir con esas extrañas llaves que son cuatro cuartos de moneda.

—Ellos guardaron ahí los diamantes...

—Porque usted no sólo les engañó cuando eran socios, sino que, además, les robó la caja. Pero nunca se atrevió a hacer que la abrieran por medios violentos, temeroso de las pequeñas cargas explosivas que hay en su interior y que hubiesen destruido o, por lo menos, dañado gravemente a los diamantes. Sus antiguos socios tenían razón, cuando decían que usted continuaba poseyendo los diamantes. Pero, oh desilusión, no podía disfrutar de ellos y tenía que contentarse con saber que se hallaban al otro lado de unas planchas de hierro de veinticinco milímetros de grosor.

—Pronto estarán a la vista. —Gruñó el dueño de la casa.

—Sí, cuando llegue la persona a la cual está esperando —dijo Caidin, sin impresionarse en absoluto.

—Ah, lo sabe...

Caidin hizo un gesto afirmativo.

—Sí —confirmó.

—No saldrá vivo de aquí, Caidin —amenazó Grundig.

—¿Llamará a sus chicas?

—Obedecerán ciegamente mis órdenes. Le ametrallarán, apenas levante el dedo.

—No me asuste, Guillermito —rió el joven.

—Hablo en serio, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué diablos me llamó?

Grundig se mordió los labios.

—No quiero hablar —dijo hoscamente.

—Yo me he hecho una teoría sobre el particular...

—En ese caso, ¿por qué no la expone? —Sonó de pronto la voz de Hudmyers Opperton.

Caidin volvió ligeramente la cabeza. El recién llegado estaba en el umbral del dormitorio, empuñando una pistola con la mano derecha.

A su lado, ligeramente rezagado, había un sujeto de cara estólida y con uniforme de chófer. En sus manos se veía una extraña escopeta, de cañón relativamente grueso, por cuya boca asomaba la punta de un proyectil metálico, cuyas mortíferas características conocía Caidin muy bien.

—Oh, es muy sencillo; han ido de pillo a pillo, a ver cuál de los dos ganaba antes la carrera por los diamantes. Ciertamente, el primer golpe, cuando se cometió la matanza, fue planeado entre ambos. Tenía que ser así, para que la Corkyman tuviese la noticia de la desaparición de los diamantes que había asegurado. Tanto los que se llevaron los asaltantes como los que yo vi después eran falsos. Los auténticos están ahí, en esa caja de hierro —señaló Caidin con la mano.

—Yo tengo las cuatro llaves —declaró Opperton orgullosamente.

—Sí, me quitó las dos últimas en el Westbury Hotel, en Londres —admitió el joven con indiferencia—. Por cierto, los esfuerzos que hizo usted para apartar a Cloris Jarmill de un asunto que le había encomendado la oficina central resultaron inútiles, empezando, claro, por los atentados de que fue objeto.

—Sabe usted muchas cosas, o dice saberlas, pero no da ninguna explicación congruente de las mismas —dijo Opperton.

—Bueno, éste era un asunto en el que, oficialmente, habían desaparecido unos diamantes valorados en dos millones de libras esterlinas. Había que hacer algo para que la gente creyera que se

trataba de recuperarlos. Pero eso no les interesaba, porque estimaban más productivo que la Corkyman pagase esos dos millones de libras. Por tanto, se denunció el robo de unos diamantes, incluyendo la comedia que Grundig desempeñó ante mí, al hacer ver que los ladrones se habían llevado los falsos y él tenía los auténticos. En realidad, había dos juegos de diamantes falsos, los cuales están ya destruidos.

»Interesaba que murieran los cuatro socios de Grundig. Ellos tenían las llaves que abrían la caja. Había que conseguir esas llaves. Yo llegué a poseer dos, pero me las quitaron, como luego me quitaron también las otras dos. Vivos, los antiguos socios de Grundig hubieran podido destapar el pastel, porque ustedes hubieran cobrado los dos millones del seguro, más las ganancias que después hubieran obtenido al fragmentar los diamantes, a fin de que no fuesen reconocidos. Otro millón de libras, por lo menos.

—Sí, los diamantes pierden valor cuando se fragmentan — admitió Opperton tranquilamente—. Pero ¿cómo sospeché de mí?

—Primero se enojó con Cloris. Luego trató de enviarla a Roma. Ella telegrafió a un colega. Él le respondió que no tenía la menor noticia del robo de un collar de esmeraldas, asegurado por la Corkyman. Pero, además, usted estaba en su yate por aguas de Creta, precisamente, cuando Monika fue asesinada. Lo dijo una revista de sociedad.

Opperton lanzó un gruñido de rabia. Impasible, Caidin prosiguió:

—... Y como, naturalmente, no podía alcanzarnos en su yate, tomó el siguiente avión en Heraklion para seguirnos a Niza. Allí fue donde murió Havrane, aunque usted tampoco pudo conseguir la segunda llave en el primer momento.

»Un tal Corsini quiso matarme, para, después, quitarme los dos cuartos de moneda que yo tenía en el bolsillo. Corsini falló y descendió a la lavandería del hotel en el montacargas. Al otro día, sin embargo, usted consiguió media moneda en dos cuartos.

»Quedaban otros dos, los que tenían Norton y Coulaye. Norton, asustado por lo ocurrido, había volado de Río a Londres y se reunió con Coulaye. Aunque les amenacé en un principio, luego accedieron a colaborar conmigo y me entregaron sus fragmentos de moneda y se escondieron después. No olvidemos que Hodkins, el mayordomo,

como Reeker y Willi, en el caso de Havrane, pertenecían a esta pequeña organización que ustedes habían creado para el negocio. ¿Tan mal les han ido las cosas en la Bolsa y en los caballos? Mantener un yate, una lujosa villa, pagar tantos sueldos y sobornos, ¿no resulta excesivamente costoso?

—Lo sabe todo —masculló Grundig.

—Para eso me contrataron —dijo plácidamente—. Pero si yo fuera usted. —Se dirigió al dueño de la casa—, no me sentiría muy tranquilo. Opperton tiene la intención de quedarse con los diamantes para él solo.

—No lo creo —contestó Grundig. Y, de repente, sacó una pistola del bolsillo de su bata, pero la ballesta que tenía el chófer disparó antes.

Se oyó un terrible rugido. Grundig soltó el arma, se llevó las manos al cuello y se tambaleó durante unos segundos, arrojando torrentes de sangre por la espantosa herida. De pronto, le fallaron las fuerzas y cayó al suelo.

La pistola que Opperton sostenía en las manos apuntó a Caidin.

—Ahora le toca a usted —dijo ominosamente.

—Puede disparar —respondió Caidin sin perder la calma—, pero no por ello conseguirá abrir la caja dónde están los diamantes.

—Tengo las cuatro llaves...

—Dos de ellas son falsas.

El chófer había sacado un segundo dardo y forcejeaba para colocarlo en la pistola-ballesta. Opperton parecía muy sorprendido por la declaración de Caidin.

—No le creo —dijo, tras una corta pausa.

Caidin extendió el brazo.

—Adelante —invitó de buen humor—. Usted tiene los cuatro cuartos de moneda. Pruebe a abrir la caja.

—Vigílalo, Hoth —ordenó Opperton al chófer.

—Sí, señor.

La ballesta había sido ya recargada. Opperton se acercó a la caja e, inclinándose ligeramente, empezó a colocar cuatro fragmentos de moneda en sendas ranuras situadas en la tapa superior.

—Usted ya me robó una vez dos cuartos de moneda —dijo Caidin—. Eso siempre da experiencia, así que me previene para el segundo robo, porque sabía que usted se iba a figurar que yo tenía

los otros dos trozos. De modo que, como en Londres no es difícil, a poco empeño que uno ponga en ello, encontrar una moneda de un dólar, la hice partir y me quedé con los dos cuartos supuestamente pertenecientes a Coulaye y Norton, que son los que usted me quitó en el Westbury.

La caja no se abría. Opperton soltó una maldición.

—Tendré esos dos trozos de moneda —dijo—. ¡Mátalo, Hoth!

La ballesta disparó. Se oyó un fuerte chasquido y la flecha, con las hojas desplegadas, cayó al suelo.

Caidin sonrió.

—También uno aprende a prevenirse con el adecuado empleo de un chaleco blindado —dijo.

Hoth estaba estupefacto. Opperton sacó la pistola, que había guardado para abrir la caja, pero, en el mismo instante, se oyó una voz conminatoria en la puerta del dormitorio:

—¡Quietos todos! —gritó Lea.

—¡Dispare, dispare! —chilló Opperton, fuera de sí.

—¿Contra usted? ¿O contra Hoth? —sonrió la guardaespaldas.

Opperton se puso lívido, desencajado. De repente, Hoth, perdida la serenidad, dio un empujón a la chica y escapó a todo correr.

—En esta ocasión —dijo Caidin—, le ha fallado su reconocida habilidad para conseguir los servicios de las personas que servían a otros. ¿He de decir que Lea y sus dos compañeras tenían orden de matar después a Grundig?

—Eso fue lo que nos dijeron —corroboró la aludida—, pero Cloris nos ha abierto los ojos a las tres.

El sudor caía a chorros por las sienes de Opperton. Lea le ordenó que tirase la pistola.

Opperton obedeció.

—Está arruinado —dijo Caidin, implacable—. Y, además, tendrá que responder de un montón de asesinatos. ¿Se imagina lo que eso significa?

De pronto, Opperton echó a correr y se lanzó de cabeza a través de la ventana, protegiéndose con los brazos. Se oyó un terrible estruendo, seguido de un espeluznante chillido.

Caidin corrió hacia la ventana y se asomó. Opperton yacía en el suelo del jardín, revolcándose como un poseso, mientras intentaba cortar en vano el río de sangre que brotaba de su cuello.

Un poco más allá, Hoth estaba brazos en alto, ante una de las chicas, que le apuntaba con su metralleta. Caidin bajó la vista.

Los movimientos de Opperton cesaron casi súbitamente. Caidin apreció la horrible herida abierta en su cuello por uno de los vidrios de la ventana.

Cloris entró en aquel momento.

—Estás bien, Barry —dijo, muy aliviada.

—No me ha sucedido nada, preciosa —sonrió Caidin.

Cloris se asomó a la ventana, pero se retiró enseguida.

—Horrible —murmuró.

—Una trama demasiado complicada —dijo Caidin—. Demasiadas vueltas, para acabar en nada. Aunque estuvo a punto de salirles bien.

Se acercó a la caja y sacó los dos cuartos de moneda auténticos.

Momentos después, sonaba un chasquido. La tapa se abrió y catorce gemas, de un brillo increíble, aparecieron ante los ojos de la pareja.

—Son fascinantes —dijo Cloris, arrobada.

—Para mí, están llenos de sangre —manifestó él.

—¿A quién pertenecen ahora, Barry?

Caidin se encogió de hombros.

—Quedan dos socios vivos. Pero estafaron a muchas personas —respondió significativamente.

—Lo que no entiendo es cómo mi compañía pude aceptar el seguro...

—¿Quién lo aceptó, sino Opperton? Él actuó en nombre de la Corkyman; estaba fuera de toda sospecha. Otro inspector se hubiese dado cuenta enseguida de que las presuntas gemas que se pretendían asegurar no eran sino vulgares imitaciones. Pero a Opperton se le podía dar crédito, ¿entiendes?

—Sí. ¿Es cierto que hay explosivos dentro de la caja?

Caidin hizo un gesto afirmativo.

—La potencia no es excesiva, aunque sí lo suficiente para dañar seriamente a las piedras —contestó—. Y como lo sabían, de ahí su empeño en conseguir las llaves en forma de cuarto de moneda.

—¿Por qué reunieron esos catorce diamantes, Barry?

—Como se dice vulgarmente, iban de pillo a pillo: Grundig contra los otros cuatro y estos contra Grundig, aunque ignoraban

que éste se había aliado con Opperton. Grundig consiguió hacerse con la caja e incluso encontró a su constructor, quien le explicó el mecanismo de apertura. En cierto modo, si fueron estafadores, Grundig les estafó a su vez, al quedarse con la mayoría de los fondos de la sociedad, pero ellos se quedaron con los diamantes, que consideraban una inversión para el futuro.

—Ya no tienen futuro —dijo Cloris.

—Eso queda para nosotros, ¿verdad, preciosa? —dijo él, a la vez que le pasaba un brazo por los hombros.

Cloris asintió.

—Estoy pensando en que será preciso llamar a la policía suiza —murmuró.

—Lea se encargará de ello. Y mientras vienen, tú tienes que darme la respuesta acerca del empleo que te ofrecí.

—Demasiado sabes que esa respuesta es afirmativa —sonrió Cloris.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

